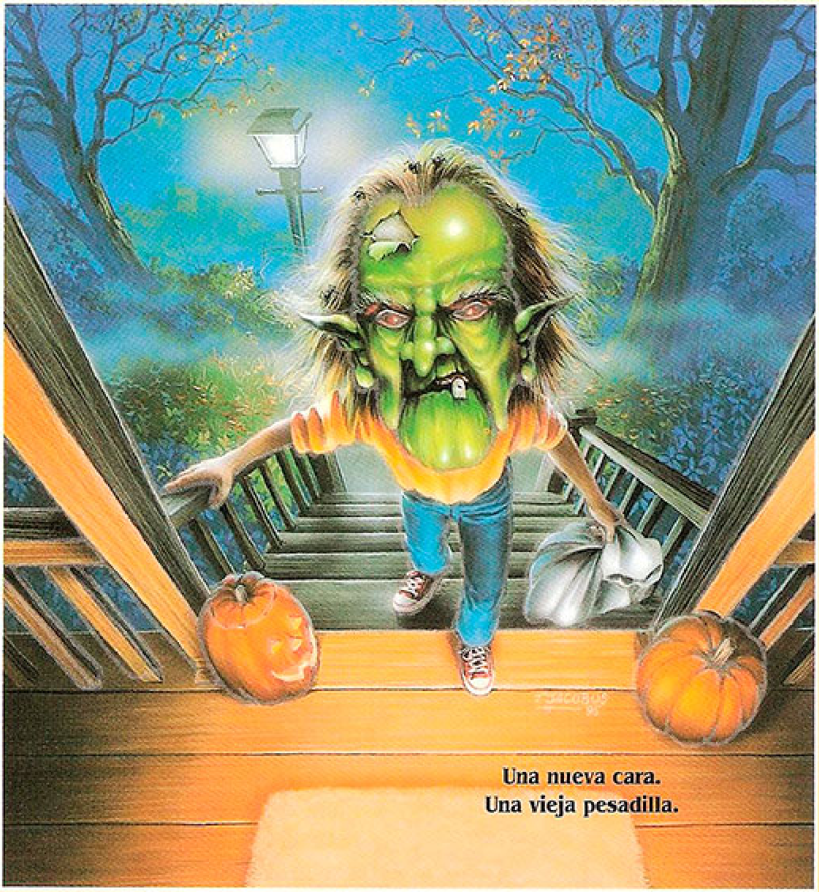
R.L. STINE

Pesadillas

La máscara maldita II



Steve Boswell nunca olvidará la máscara que llevaba Carly Beth en la fiesta de Halloween. Era horrible, espantosa.

Pero este año Steve quiere llevar el disfraz más terrorífico del mundo. Por eso coge una máscara de la tienda donde Carly Beth había comprado la suya. Es una cara de viejo, arrugada, ¡con arañas que le salen de las orejas!

Sí, Steve tiene la máscara más espeluznante que uno pueda imaginar. Lástima que se sienta tan viejo, tan cansado. Tan malvado.

R. L. Stine

La máscara maldita II

Pesadillas - 27

ePub r1.1

javinintendero 21.01.15

Título original: *Goosebumps #36: The haunted mask II*
R. L. Stine, 1995
Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.1

1

No sé si habréis estado alguna vez con niños de primer curso. Sólo hay una palabra para describirlos: ANIMALES. Los niños de primero son animales, os lo aseguro.

Me llamo Steve Boswell y estoy en sexto. Puede que no sea el tío más listo del colegio Walnut Avenue, pero de lo que sí estoy seguro es de que los de primero son animales.

¿Que cómo lo sé? Pues muy sencillo: lo descubrí por las malas, entrenando al equipo de fútbol de primero, todos los días después de clase. A lo mejor queréis saber por qué me dio por entrenar al equipo de fútbol. La verdad es que no fue decisión mía. En realidad fue un castigo.

Alguien soltó una ardilla en el vestuario de las chicas, y ese alguien fui yo. Pero la idea no fue mía. Mi mejor amigo, Chuck Green, cogió una ardilla y me preguntó dónde podía soltarla.

—¿Qué tal en el vestuario de las chicas antes del partido del baloncesto del jueves?

Bueno, quizá sí que fue idea mía, por lo menos en parte. Pero Chuck tenía tanta culpa como yo, aunque al que pillaron fue a mí, desde luego. La señorita Curdy, la profesora de gimnasia, me pescó cuando estaba sacando la ardilla de la caja. Todos los niños de las gradas se levantaron de un brinco y echaron a correr, gritando como locos. Sólo era una pobre ardilla, pero todos los profesores salieron corriendo detrás de ella. Tardaron horas en cogerla y calmar a todo el mundo.

Así que la señorita Curdy dijo que me tenían que castigar. Me

dio a elegir entre varios castigos: Ir al gimnasio cada día a inflar pelotas de baloncesto con la boca hasta que me estallara la cabeza, o entrenar al equipo de fútbol de primero.

Elegí lo segundo. Un grave error.

Yo pensaba que mi amigo Chuck me ayudaría con el entrenamiento, pero le dijo a la señorita Curdy que tenía un trabajo después de las clases. ¿Sabéis cuál es en realidad su trabajo? Ver la tele en casa.

Mucha gente cree que Chuck y yo somos buenos amigos porque nos parecemos: los dos somos altos y delgados, los dos tenemos el pelo castaño y lacio y los ojos marrones, los dos llevamos casi siempre una gorra de béisbol. A veces hasta nos toman por hermanos.

Pero ésa no es la razón de que nos caigamos bien. Chuck y yo somos amigos porque nos hacemos reír. Yo me partí de risa cuando Chuck me contó cuál era su trabajo después de las clases. Claro que ahora maldita la gracia que me hace.

Ahora rezo. Todos los días rezo para que llueva, porque si llueve, los de primero no tienen entrenamiento.

Por desgracia, ése era un claro y estupendo día de octubre. Desde el campo de juegos, detrás del colegio, me puse a mirar el cielo buscando nubes. Pero no vi ni una. Todo estaba azul.

—¡Muy bien, escuchad, Puercos! —grité. No les estaba insultando. Es el nombre que ellos habían elegido para el equipo. ¿Qué os parece? Los Puercos de Walnut Avenue. Con eso podéis haceros una idea de cómo son estos críos.

Hice bocina con las manos y volví a gritar:

—¡En formación, Puercos!

Andrew Foster cogió el silbato que yo llevaba en torno al cuello y lo hizo sonar en mis narices. Luego Duck Benton me pegó un pisotón en las zapatillas nuevas. A Andrew y a él les pareció lo más gracioso del mundo.

Luego Marnie Rosen se me subió de un salto en la espalda y me echó los brazos al cuello. Marnie es pelirroja, tiene la cara llena de pecas y la sonrisa más malvada que le he visto a un crío en mi vida.

—Dame un paseo, Steve —pidió—. Quiero dar un paseo.

—¡Baja ahora mismo, Marnie! —grité yo. Intenté soltarle los

brazos de mi cuello. Me estaba ahogando. Todos los Puercos se morían de risa—. ¡Marnie, no…! ¡No puedo respirar! —resollé.

Me incliné para quitármela de la espalda, pero ella se agarró todavía más fuerte. Entonces sentí sus labios en mi oreja.

—¿Qué haces? —exclamé. ¿Estaba intentando darme un beso?

¡Aj! Me escupió su chicle en la oreja. Luego se bajó de un salto, riéndose como una chiflada, y salió corriendo con sus rizos rojos rebotando en la espalda.

—¡Dejadme en paz! —grité furioso. Tenía el chicle pegado a la oreja y me llevó un buen rato quitármelo del todo. Para cuando lo hube conseguido, ya habían empezado a jugar.

¿Habéis visto alguna vez a niños de seis años jugando al fútbol? Se trata de correr y dar patadas. Todo el mundo corre detrás de la pelota y todo el mundo quiere darle patadas. Yo intento enseñarles a ocupar posiciones y a pasarse el balón entre ellos. Intento enseñarles el trabajo en equipo, pero lo único que hacen es correr y dar patadas.

A mí me da igual, siempre que me dejen en paz. Yo toco el silbato, hago de árbitro e intento que prosiga el juego.

Andrew Foster pasó corriendo junto a mí, y de una patada me echó una rociada de tierra en los téjanos. Lo hizo como si hubiera sido sin querer, pero yo sabía que había sido a propósito. Luego Duck Benton se lió a puñetazos con Johnny Myers. Duck ve por la tele todos los partidos de hockey y cree que hay que pelearse. A veces ni siquiera corre tras la pelota, sólo se dedica a pelearse.

Les dejé dar patadas durante una hora. Luego toqué el silbato y di por terminado el entrenamiento. No había estado mal. Sólo había una nariz ensangrentada, lo cual era toda una victoria puesto que no era la mía.

—¡Hasta mañana, Puercos! —grité.

Salí corriendo del campo. Sus padres o sus niñeras les estarían esperando en la puerta del colegio. Entonces vi que había un puñado de críos formando un apretado círculo en medio del campo. Todos sonreían, así que pensé que más valía ir a ver qué tramaban.

—¿Qué pasa, chicos? —pregunté.

Algunos se apartaron, y entonces vi un balón de fútbol en el suelo. Marnie Rosen me sonrió.

—Oye, Steve, ¿tú puedes marcar un gol desde aquí?

Todos se apartaron de la pelota. Miré la portería. La verdad es que estaba muy lejos, a medio campo.

—¿Es que me queréis gastar una broma? —dije.

Marnie se puso seria.

—No, de verdad. ¿Tú puedes marcar un gol desde aquí?

—¡Qué va! —contestó Duck Benton.

—Sí que puede —dijo Johnny Myers—. Steve puede lanzar mucho más lejos todavía.

—¡De eso nada! —insistió Duck—. Es demasiado lejos hasta para uno de sexto.

—Es un gol muy fácil —presumí—. ¿Por qué no me ponéis algo más difícil?

De vez en cuando tengo que hacer algo para impresionarlos, para demostrarles que soy mejor que ellos. Así que retrocedí unos ocho o diez pasos para coger carrerilla.

—¡Mirad cómo lo hace un profesional! —exclamé.

Corrí hacia el balón, eché la pierna atrás y solté una patada fortísima.

Me quedé un momento petrificado… Y lancé un larguísimo grito de dolor.

2

Poco después, de camino a mi casa, pasé a ver a Chuck. Mi amigo salió corriendo al jardín a saludarme.

La verdad es que no tenía ganas de hablar con nadie, ni siquiera con mi mejor amigo. Pero en fin, allí estaba.

—¡Ey, Steve! —Chuck se detuvo de pronto—. ¿Qué te ha pasado que vas cojeando?

—Cemento —gruñí.

Chuck se quitó su gorra negra y roja de los Cubs y se rascó la cabeza.

—¿Qué?

—Cemento —repetí débilmente—. Los crios tenían un balón de cemento.

Chuck se me quedó mirando. No entendía nada.

—Los amigos de uno que vive al otro de la calle le ayudaron a llevar rodando una bola de cemento hasta el colegio —expliqué—. La pintaron de negro y blanco para que pareciera una pelota de fútbol, pero era puro cemento. La pusieron en el campo y me dijeron que metiera un gol y… y… —Se me atascó la voz en la garganta y no pude ni terminar la frase.

Me acerqué a la pata coja a la enorme haya del jardín y me apoyé contra su frío tronco blanco.

—Uf. Una broma de muy mal gusto —dijo Chuck, volviéndose a poner la gorra.

—A mí me lo vas a decir —gruñí—. Creo que me he roto todos los huesos del pie, hasta algunos que no tengo.

—¡Esos críos son unos bestias!

Yo seguí gruñendo y frotándome el pie dolorido. La verdad es que no estaba roto, pero me dolía un montón. Me ajusté la mochila en los hombros y volví a apoyarme en el árbol.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer? —dije.

—Vengarte de ellos.

—¡Exacto! —contesté—. ¿Cómo lo sabías?

—Mira. —Chuck se me acercó, pensativo. Chuck siempre arruga toda la cara cuando piensa—. Ya casi es Halloween —añadió—. A lo mejor se nos ocurre algo para darles un susto. Pero un susto de verdad, ¿comprendes? —Sus ojos oscuros brillaban de emoción.

—Bueno… a lo mejor —vacilé—. Sólo son unos pequeñajos. Tampoco quiero hacerles algo muy gordo.

Era raro, pero mi mochila pesaba un montón. Me la quité de los hombros y la dejé en el suelo. Al abrirla salieron volando unos diez millones de plumas.

—¡Esos niños! —exclamó Chuck.

Abrí del todo la mochila. Todos los cuadernos y libros estaban cubiertos de plumas pegajosas. ¡Esos animales habían pegado plumas a mis libros! Solté la mochila y me volví hacia Chuck.

—Creo que sí que voy a hacerles algo gordo —gruñí.

Unos días más tarde, Chuck y yo volvíamos a casa desde el campo de juego. Era una tarde fría y ventosa y empezaban a aparecer nubarrones de tormenta. ¡A buenas horas! Acababa de terminar el entrenamiento con los Puercos. No había ido del todo mal, aunque tampoco se podía decir que hubiera ido bien.

Nada más empezar, Andrew Foster se lanzó contra mí a toda velocidad con la cabeza agachada. Andrew pesa como cien kilos y tiene la cabeza durísima. Me dio en el estómago y me dejó sin respiración. Me quedé un buen rato tirado en el suelo, rodando y gruñendo, medio asfixiado. A los pequeñajos les pareció muy gracioso. Andrew dijo que había sido sin querer.

«Me las vais a pagar —me juré—. No sé cómo, pero me las vais a pagar.»

Entonces Marnie Rosen se me subió a la espalda de un salto y me rompió el cuello de mi abrigo nuevo.

Chuck vino a buscarme después del entrenamiento. Ultimamente siempre venía a por mí porque sabía que después de pasar una hora con los de primero, casi siempre necesitaba ayuda para volver a casa.

—Los odio —murmuré—. ¿Sabes cómo se escribe «odio»? P-U-E-R-C-O-S. —El cuello roto del abrigo aleteaba al viento.

—¿Por qué no les haces jugar con un balón de cemento? —sugirió Chuck mientras se ponía bien la gorra de los Cubs—. No, espera. Ya lo tengo. ¡Que sean ellos el balón por turnos!

—No, eso no me vale —contesté moviendo la cabeza.

El cielo se oscureció. Los árboles se agitaban haciendo caer sobre nosotros una lluvia de hojas muertas. Mis pasos resonaban sobre la hojarasca.

—No quiero hacerles daño —dije—. Sólo quiero asustarlos. Quiero darles un susto de muerte.

El viento era cada vez más frío. De pronto sentí una gota de lluvia en la frente.

Al cruzar la calle vi a dos niñas de nuestra clase que corrían por la otra acera. Una era Sabrina Mason. La reconocí por la coleta, que brincaba a su espalda. La otra era su amiga, Carly Beth Caldwell.

—¡Eh! —les grité, pero de pronto me quedé callado.

Se me había ocurrido una idea.

Al ver a Carly Beth supe cómo asustar a los de primero, supe exactamente lo que quería hacer.

3

Quise llamar a las chicas, pero Chuck me tapó la boca con la mano y me arrastró detrás de un árbol.

—¡Oye, quítame las zarpas de encima! —le pedí cuando por fin me dejó hablar—. ¿Se puede saber qué pasa?

Chuck me aplastó contra la áspera corteza del árbol.

—Sssh. No nos han visto. —Señaló con los ojos a las chicas.

—¿Y qué?

—Pues que podemos acercarnos y darles un susto —susurró Chuck con malicia. Los ojos le ardían de emoción—. Ya verás qué grito pega Carly Beth.

—¿Por los viejos tiempos?

Chuck asintió con una gran sonrisa.

Durante muchos años nuestro pasatiempo favorito había consistido en hacer gritar a Carly Beth. La verdad es que ella se pasaba la vida gritando. Gritaba por cualquier cosa.

Un día que estábamos almorzando, Chuck metió un gusano en su bocata y luego le pasó el bocadillo a Carly Beth. Ella dio un mordisco y notó un sabor un poco raro. Cuando Chuck le enseñó el trozo de gusano que se había comido, Carly Beth se pasó una semana chillando.

Chuck y yo hacíamos apuestas a ver quién asustaba más a Carly Beth y quién la hacía gritar. Quizás era un poco cruel, pero resultaba muy gracioso. A veces, cuando sabes que alguien es muy asustadizo, no puedes aguantarte las ganas de asustarle siempre que puedes.

En fin, el caso es que las cosas cambiaron el pasado Halloween. Chuck y yo nos pegamos un susto de muerte. Carly Beth llevaba la máscara más espeluznante que había visto en mi vida. Era como una cara viva, una cara espantosa… Nos miraba con ojos malvados y encendidos, y su boca nos sonreía en una mueca con labios de verdad. La piel relucía de un color verde asqueroso. Y Carly Beth, que normalmente tiene una voz muy suave, lanzó un terrible rugido animal.

Chuck y yo salimos corriendo como si nos persiguiera el diablo. De verdad. Estábamos aterrorizados. Corrimos un montón de manzanas sin dejar de gritar. Fue la peor noche de mi vida.

A partir de entonces todo cambió.

Ya había pasado casi un año y no habíamos intentado asustar a Carly Beth ni una sola vez. A mí me parece que a Carly Beth ya no hay quien la asuste. Después del último Halloween, no creo que nada le dé miedo. No la he oído gritar en todo el año.

Por eso ahora tampoco tenía ganas de darle un susto. Quería hablar con ella de aquella máscara tan espantosa, pero Chuck seguía empujándome contra el árbol.

—Venga, Steve —susurró—. No nos han visto. Nos agachamos detrás del seto y echamos a correr para adelantarlas. Luego, cuando pasen, salimos de un salto y las cogemos.

—Yo no… —comencé. Pero vi que a Chuck se le había metido en la cabeza asustar a Carly Beth y Sabrina, así que le seguí la corriente.

Había empezado a llover un poco. El viento me arrojaba las gotas de lluvia a la cara. Corrí agachado a lo largo del seto, detrás de Chuck. Adelantamos a las chicas. Oí la risa de Sabrina a mis espaldas. Carly Beth dijo algo y Sabrina volvió a reírse.

Me detuve para echar un vistazo a través del seto, preguntándome de qué estarían hablando. Carly Beth tenía una expresión muy curiosa. Miraba fijamente al frente y se movía con mucha rigidez. Llevaba el cuello de la chaqueta azul subido en torno a la cara.

Volví a agacharme cuando las chicas se acercaron. Chuck y yo estábamos en el gran jardín delantero de la vieja mansión Carpenter. Sentí un escalofrío al mirar las malas hierbas y la

tenebrosa casa sumida en la más negra oscuridad. Todo el mundo decía que la casa estaba encantada con los fantasmas de gente que había sido asesinada allí hacía cien años.

Yo no creo en fantasmas, pero tampoco me gustaba estar tan cerca de la siniestra mansión Carpenter, así que tiré de Chuck hasta que nos metimos en el solar vacío de al lado. La lluvia martilleaba en el suelo. Me enjugué el agua de las cejas.

Carly Beth y Sabrina estaban a pocos metros. Sabrina hablaba muy excitada, pero no entendí ni una palabra. Chuck se volvió hacia mí con una sonrisa maliciosa.

—¿Listo?—preguntó—. ¡Vamos!

Nos levantamos de un brinco, gritando como locos.

Sabrina se quedó sin aliento del susto, echó los brazos por alto y abrió tanto la boca que parecía que se iba a tragar el mundo. Carly Beth se me quedó mirando. Luego ladeó la cabeza contra el cuello azul… hasta que se le cayó y salió rodando.

¡Se le había caído la cabeza de los hombros!

Sabrina bajó la vista y se quedó mirando fijamente la cabeza de Carly Beth, sin dar crédito a sus ojos. Entonces se puso a manotear como una loca y a gritar espantada, sin parar.

4

Tragué saliva. Me temblaban las rodillas.

La cabeza de Carly Beth me miraba desde la hierba. Los chillidos de Sabrina me resonaban en los oídos.

Entonces oí una risa apagada, una risa que venía de la chaqueta de Carly Beth. Vi un mechón de pelo que le asomaba por el cuello levantado. Entonces se oyeron claramente las carcajadas de Carly Beth debajo de la chaqueta.

Sabrina dejó de soltar gritos y se echó a reír.

—¡Os hemos pillado! —exclamó Carly Beth. Sabrina y ella se abrazaron, partiéndose de risa.

—¡Jo! —gruñó Chuck.

A mí todavía me temblaban las rodillas. Me parece que no había respirado ni una vez en todo el rato.

Me agaché a recoger la cabeza de Carly Reth. Era como de muñeco. Una escultura, supongo. Le di la vuelta entre las manos. Era increíble, igualita que ella.

—Es de escayola —explicó Carly Beth, arrebatándomela—. Me la hizo mi madre.

—¡Pero parece de verdad! —dije casi sin habla.

Carly Beth sonrió.

—Mi madre es muy buena. Me ha hecho un montón. Esta es de las mejores.

—Sí, pero no nos has engañado —dijo Chuck.

—No. Sabíamos que era de mentira —me apresuré a añadir, aunque todavía estaba tan asustado que se me quebró la voz.

Sabrina meneó la cabeza. Su coleta negra se agitó a su espalda. Sabrina es muy alta, más alta que Chuck y que yo. En cambio Carly Beth es muy bajita, sólo le llega al hombro.

—¡Teníais que haberos visto la cara! —exclamó Sabrina—. ¡A vosotros sí que casi se os cae la cabeza!

Las dos se abrazaron otra vez, muertas de risa.

—Os vimos a un kilómetro de distancia —dijo Carly Beth, dándole vueltas a la cabeza entre las manos—. Por suerte hoy la había llevado al colegio para enseñarla en clase de arte, así que me subí la chaqueta por encima de la cabeza y Sabrina metió la de escayola en el cuello.

—Habéis picado —se burló Sabrina.

—No nos hemos asustado, de verdad —insistió Chuck—. Sólo os llevábamos la corriente.

Yo estaba deseando cambiar de tema. Las niñas se pasarían todo el santo día hablando de lo tontos que éramos Chuck y yo. No pensaba permitirlo.

Soplaba el viento y seguía lloviendo. Me estremecí. Nos estábamos empapando.

—Carly Beth, ¿te acuerdas de la máscara que llevabas el Halloween pasado? —pregunté—. ¿De dónde la sacaste? —Me mostré indiferente porque no quería que se me notara lo mucho que me importaba.

Ella se abrazó a la cabeza de yeso.

—¿Eh? ¿Qué máscara?

Solté un bufido. A veces parece tonta.

—Aquella máscara tan espantosa que tenías el Halloween pasado. ¿De dónde la sacaste?

Sabrina y ella se miraron.

—No me acuerdo —me dijo por fin Carly Beth.

—¡Venga ya! —protesté.

—De verdad —insistió ella.

—Sí que te acuerdas —dijo Chuck—. Lo que pasa es que no nos lo quieres decir.

Yo sabía por qué Carly Beth no quería decir nada. Probablemente pensaba conseguir otra horrible máscara en la misma tienda para este Halloween. Seguro que quería ser la más

terrorífica del barrio y que no le hiciera la competencia.

Me volví hacia Sabrina.

—¿Tú sabes dónde compró esa máscara?

Sabrina hizo ademán de cerrarse la cremallera sobre los labios.

—No te lo pienso decir, Steve.

—No sé para qué lo quieres saber —dijo Carly Beth, todavía abrazada a su cabeza—. Era una máscara demasiado espantosa.

—Lo que pasa es que quieres dar más miedo que yo —repliqué enfadado—. Pero este año necesito una máscara siniestra de verdad, Carly Beth. Quiero asustar a unos niños y…

—Lo digo en serio, Steve —me interrumpió ella—. Esa máscara tenía algo muy raro. No era sólo una máscara; estaba viva. Se me pegó a la cabeza y no me la podía quitar. Estaba como embrujada.

—Ja ja —dije poniendo los ojos en blanco.

—¡Es verdad! —exclamó Sabrina, mirándome con el ceño fruncido.

—La máscara estaba maldita —prosiguió Carly Reth—. Empezó a darme órdenes. Hablaba sola con un espantoso gruñido ronco. Yo no podía controlarla. La tenía pegada a la cabeza y no me la podía quitar. Pasé un miedo horroroso.

—¡Jo! —murmuró Chuck moviendo la cabeza—. Qué imaginación tienes, Carly Beth.

—Sí, es una buena historia —dije apoyando a mi amigo—. Guárdala para la clase de lengua.

—¡Pero ésa es la verdad! —exclamó Carly Beth.

—Lo que pasa es que no quieres que yo también dé miedo. Pero necesito una buena máscara como ésa. Venga —supliqué—. Dímelo.

—Dínoslo —insistió Chuck.

—Dínoslo —repetí, intentando hacerme el duro.

—Ni hablar —dijo Carly Beth, sacudiendo su falsa cabeza—. Está lloviendo mucho, vámonos a casa.

—¡No, hasta que me lo digas! —grité, poniéndome delante de ella para impedirle el paso.

—¡Coge la cabeza! —dijo Chuck.

Le arrebaté a Carly Beth la cabeza de escayola.

—¡Dámela! —Carly Beth intentó cogerla, pero yo la aparté de sus manos y se la tiré a Chuck.

Mi amigo retrocedió unos pasos, y Sabrina se lanzó hacia él.

—¡Devuélvesela!

—Os la devolveremos cuando nos digáis de dónde sacasteis esa máscara —le dije a Carly Beth.

—¡Lo tienes claro!

Chuck me tiró la cabeza. Carly Beth intentó alcanzarla, pero yo la cogí y se la lancé de nuevo a Chuck.

—¡Devolvédmela! ¡Venga! —exclamó Carly Beth, corriendo tras mi amigo—. La hizo mi madre. ¡Si se estropea me mata!

—¡Entonces dinos de dónde sacaste la máscara! —insistí.

Chuck me tiró la cabeza. Sabrina dio un salto y la interceptó de un golpe, tirándola al suelo. Se lanzó a por ella, pero yo llegué antes. La cogí de la hierba y se la devolví a Chuck.

—¡Basta ya! ¡Dádnosla!

Las dos chicas nos gritaban furiosas, pero Chuck y yo seguimos con nuestro juego.

Carly Beth saltó frenéticamente para coger la cabeza y se cayó de narices al suelo. Cuando se levantó tenía empapada la chaqueta y los téjanos, y toda la frente manchada de hierba.

—¡Dímelo! —insistí, sosteniendo la cabeza en alto—. Dímelo y te la devolveré.

Ella me lanzó un gruñido.

—Está bien —le advertí—. Entonces tiraré la cabeza a ese tejado.

Me volví hacia la casa, al otro lado del jardín. Agarré la cabeza con las dos manos e hice como que apuntaba hacia arriba.

—¡Vale, vale! —exclamó Carly Beth—. No la tires, Steve.

—¿De dónde sacaste la máscara?

—¿Conoces una tiendecita de disfraces muy rara que hay a un par de manzanas del colegio?

Asentí. Había visto la tienda, pero no había entrado nunca.

—La compré allí. Hay una trastienda llena de máscaras feísimas. Allí compré la mía.

—¡Bien! —exclamé contentísimo, y le devolví la cabeza.

—Sois unos idiotas —masculló Sabrina, subiéndose el cuello para protegerse de la lluvia. Me apartó de un empujón y se puso a limpiar las manchas de hierba de la frente de Carly Beth.

—Yo no quería decíroslo —gimió Carly Beth—. La historia que os he contado de la máscara es verdad. Fue algo terrible.

—Sí, ya. —Puse los ojos en blanco.

—¡No vayáis, por favor! —suplicó ella, cogiéndome del brazo con fuerza—. Por favor, Steve. Por favor, no vayas a esa tienda.

Aparté su brazo y la miré con los ojos entrecerrados. Entonces me eché a reír.

Por desgracia no la tomé en serio.

Por desgracia no la escuché.

Podría haberme salvado de una noche de horror inacabable.

5

—¡Suéltame! ¡Suéltame, Marnie! ¡Te lo digo en serio! —chillé.

La pequeña bestia pelirroja estaba montada a mi espalda, riéndose y hundiéndome sus dedos regordetes en el cuello. ¿Por qué le gustaba tanto hacer aquello?

—¡Suéltame! —grité—. Como me estropees el jersey nuevo…

Marnie se moría de risa.

Había estado lloviendo toda la noche y toda la mañana, pero a la hora del almuerzo habían desaparecido las nubes, y el cielo estaba limpio y azul. No tenía elección. Había que ir al entrenamiento de fútbol de los Puercos.

Vi a Duck Benton al otro lado del campo, peleándose con Andrew Foster. Andrew cogió la pelota y la estampó con todas sus fuerzas contra el estómago de Duck. Duck abrió la boca, exhaló todo el aire de golpe, y un enorme chicle salió volando.

—¡Suéltame! —le dije a Marnie. Me di la vuelta lo más deprisa posible para tirarla. Sabía que si me estropeaba el jersey, mi madre pondría el grito en el cielo.

Me preguntaréis por qué me había puesto mi mejor jersey de lana azul para el entrenamiento de fútbol. Buena pregunta.

La respuesta es que era el día de la Foto de la Clase y —como mi madre quería tener una buena foto mía para enviársela a todos mis tíos y tías—, me había obligado a ponerme el jersey, me había lavado el pelo antes de ir al colegio y no me había dejado ponerme la gorra de los Orlando Magic. Eso quiere decir que estuve todo el día vestido como un payaso. Y ahora estaba allí, en el

entrenamiento de fútbol, y me había olvidado de llevar una sudadera para quitarme el mejor jersey que tenía.

—¡Uuuaaah! —Marnie me dio una última patada en el lado al bajarse de mi espalda.

Me alisé el jersey, esperando que no estuviera muy dado de sí. Oí unos gritos furiosos y vi que Andrew y Duck se estaban peleando por todo el campo a puñetazos y a cabezazos.

Fui a coger el silbato pero no lo tenía. Me lo había quitado Marnie, que corría por la hierba sosteniéndolo por encima de su cabeza, muerta de risa.

—¡Eh, tú! —grité.

Eché a correr tras la pequeña ladrona. Di tres pasos pero resbalé en el barro y los pies me salieron volando. Caí de narices con un grito y aterricé en un charco de barro.

—¡Nooooo! —grité espantado—. No, por favor…

Pero al levantarme observé que tenía toda la ropa recubierta de una gruesa capa de barro. ¡Mi mejor jersey! Ahora no era más que un asqueroso suéter marrón. Me dejé caer en el suelo con un triste gemido. Quería morirme, desaparecer, hundirme en un enorme agujero de barro.

Los Puercos, mi fiel equipo, aullaban y se reían. Aquello les parecía lo más divertido del mundo. Menudos angelitos… Menos mal que mi zambullida en el lodo había detenido la pelea entre Andrew y Duck.

Me levanté bajo el peso del barro. Me sentía como Andrew, como si pesara una tonelada. Me quité el barro de los ojos con las dos manos… y vi a Chuck encima de mí, chasqueando la lengua.

—Menuda pinta tienes, tío.

—Vaya novedad —repliqué,

—¿Por qué lo has hecho?

Le miré a través de cinco centímetros de barro.

—¿Cómo dices?

—Pareces el Monstruo del Pantano o algo así —se burló.

—Ja ja —repliqué sombrío.

—Habíamos quedado aquí, Steve. Dijiste que íbamos a ir directamente a la tienda de disfraces a comprar lo que ya sabes.

Miré de reojo a mi equipo de pequeños, que no seguían nuestra

conversación. Estaban demasiado ocupados tirándose bolas de barro.

Me pasé la mano por el jersey y retiré unos cinco kilos de emplasto,

—Yo… esto… creo que será mejor que primero vaya a cambiarme.

Hay tardes que se hacen eternas.

Primero tuve que detener la pelea de bolas de barro. Luego tuve que entregar a aquellos angelitos a sus padres y niñeras. Después tuve que explicar a sus furiosos padres y niñeras por qué habían estado peleándose con bolas de barro en lugar de jugar al fútbol.

Llegué a casa hecho polvo. Chuck se quedó fuera esperando. Escondí la ropa manchada en el fondo de mi armario porque no tenía tiempo de dar explicaciones a mi madre. Luego me puse unos téjanos limpios y una camiseta gris y roja de los Georgetown Hoyas que me había mandado mi tío. La verdad es que no sé nada de los Hoyas. Ni siquiera sé lo que es un Hoya. Pero la camiseta es preciosa.

Me puse la gorra en la cabeza, llena de barro, y salí corriendo a por Chuck.

—Steve, ¿eres tú? —preguntó mi madre desde el cuarto de estar.

—¡No, no soy yo! —contesté. Cerré la puerta al salir y eché a correr por el camino antes de que mi madre me lo pudiera impedir.

Tenía tantas ganas de llegar a la tienda de juguetes y ver las máscaras que se me olvidó coger dinero. Ya habíamos recorrido dos manzanas cuando me metí la mano en el bolsillo y me di cuenta de que estaba vacío. Volvimos corriendo a mi casa y entré otra vez en mi habitación.

—Hoy no es mi día —murmuré entre dientes.

Pero sabía que si compraba una máscara realmente espantosa me animaría enseguida. Entonces podría seguir adelante con mi plan de aterrorizar a los Puercos. Había llegado la hora de la venganza.

¡Venganza!

Qué hermosa palabra. Cuando sea mayor y tenga mi propio coche, la escribiré en la magtrícula.

Saqué todos mis ahorros del cajón de la cómoda donde los tenía escondidos. Conté el dinero rápidamente: había unos veinticinco dólares. Me metí a toda prisa los billetes en el bolsillo y bajé corriendo las escaleras.

—Steve, ¿vas a salir otra vez? —preguntó mi madre desde el cuarto de estar.

—¡Vuelvo enseguida! —grité. Cerré de golpe la puerta y eché a correr.

Chuck y yo caminábamos sobre las hojas mojadas, dando resbalones. Una pálida luna llena colgaba sobre los árboles. Las calles y las aceras todavía brillaban con la lluvia.

Chuck tenía las manos metidas en los bolsillos de su sudadera con capucha y caminaba inclinado hacia delante para cortar el viento.

—Seguro que hoy llego tarde a cenar —gruñó—. Me van a meter la bronca.

—Valdrá la pena —le dije, sintiéndome un poco más animado.

Al cruzar la calle donde vendían los disfraces nos encontramos ante una pequeña verdulería y algunas otras tiendas.

—¡Estoy deseando ver esas máscaras! —exclamé—. Como encuentre una la mitad de terrible que la de Carly Beth…

¡Allí estaba! En la oscuridad, encima de una pequeña tienda, se leía el cartel: DISFRACES.

—¡Vamos a verlo! —grité.

Salté por encima de una boca de incendios y eché a correr por la acera hasta llegar al escaparate.

6

Chuck llegó a mi lado casi sin aliento.

Los dos apretamos las caras contra el escaparate y nos quedamos mirando. La oscuridad era absoluta.

—¿Está cerrado? —preguntó Chuck suavemente—. A lo mejor hemos llegado tarde.

Yo suspiré decepcionado.

—No. Está cerrado definitivamente. La tienda ya no está.

Escudriñando a través del polvoriento cristal, logré ver las estanterías vacías. A un lado del pasillo central había un alto estante metálico y, encima del mostrador, un cubo de basura lleno a rebosar de papeles y latas vacías.

—En la puerta no hay ningún cartel que diga que han cerrado —apuntó Chuck. Se había dado cuenta de mi decepción y trataba de mantener vivas las esperanzas, como buen amigo que es.

—Está vacía —suspiré—. Totalmente vacía. No van a abrir mañana por la mañana.

—Sí, me parece que tienes razón. —Chuck me dio una palmada en el hombro—. Bueno, no te preocupes. Ya encontrarás una máscara en otra tienda.

Me aparté del escaparate.

—Yo quería una como la de Carly Beth —me quejé—. ¿Te acuerdas de ella? ¿Te acuerdas de aquellos ojos brillantes? ¿Te acuerdas de cómo se movía la boca, cómo nos gruñó con aquellos largos colmillos que goteaban saliva? Era asquerosísima. Y parecía totalmente real. ¡Como un monstruo de verdad!

—Seguro que en K-Mart tienen máscaras —sugirió Chuck.

—Venga ya, hombre —mascullé. Le di una patada a un envoltorio de chocolatina que volaba por la acera.

Un coche pasó despacio. La luz de los faros barrió la tienda, iluminando las estanterías desnudas, el mostrador vacío.

—Vámonos a casa —me apremió Chuck, apartándome de la tienda—. No me dejan andar por la calle a estas horas.

Dijo algo más, pero no le oí. Todavía estaba recordando la máscara de Carly Beth, incapaz de sobreponerme a mi decepción.

—Tú no comprendes lo importante que es esto para mí —dije—. Esos enanos me están arruinando la vida. Tengo que vengarme este Halloween. Tengo que vengarme.

—No son más que unos críos.

—No. Son monstruos. Son monstruos malvados, devoradores de hombres.

—A lo mejor podríamos hacer nosotros una máscara —dijo Chuck—. De papel maché o algo parecido.

Ni siquiera me molesté en contestar. Chuck es un buen tío, pero a veces tiene cosas de bombero retirado. Ya me imaginaba yo a Duck Benton y Marnie Rosen cuando me vieran aparecer en Halloween: «¡Aah, qué susto! ¡Qué susto! ¡Papel maché!»

—Tengo hambre —se quejó Chuck—. Venga, Steve. Vámonos.

—Bueno, vale. —Empecé a seguirle, pero de pronto me detuve.

Había aparecido otro coche en la calle y sus faros iluminaron un estrecho callejón al lado de la tienda de juguetes.

¡Eh, Chuck! ¡Mira! —Le cogí por el hombro de la sudadera y le hice dar la vuelta—. ¡Mira! —señalé el callejón—. ¡Hay una puerta abierta!

—¿Eh? ¿Qué puerta?

Arrastré a Chuck hasta el callejón. Había una gran trampilla negra que reflejaba la luz de una farola. Estaba abierta y nos asomamos. Unos empinados escalones de cemento conducían a un sótano.

¡El sótano de la tienda de disfraces!

Chuck se volvió hacia mí con cara de desconcierto.

—¿Qué pasa? Se han dejado la puerta del sótano abierta, ¿y qué?

Cogí la trampilla y me incliné sobre los escalones, forzando la vista bajo la tenue luz de la farola.

—Ahí abajo hay un montón de cajas.

Chuck seguía sin entender nada.

—A lo mejor es donde guardan las máscaras y disfraces. Quizás aún no se han llevado la mercancía.

—Oye, ¿qué se te ha ocurrido? No pensarás bajar ahí, ¿verdad? No irás a meterte en ese sótano oscuro para robar una máscara…

No le contesté. Ya estaba bajando las escaleras.

7

Mientras descendía el corazón me latía a toda velocidad. Los escalones eran estrechos y estaban resbaladizos por la lluvia. De pronto di un traspié y me caí.

—¡Aah! —Fui a agarrarme a la barandilla, pero no había ninguna.

Aterricé en el suelo con un fuerte golpe… pero de pie, por suerte. Un poco tembloroso, respiré hondo y contuve el aliento.

Luego me volví hacia la trampilla.

—Estoy bien —le grité a Chuck—. Baja.

A la luz de la farola vi su rostro sombrío, que me miraba.

—No… no quiero —dijo.

—Venga, Chuck, deprisa —insistí—. Sal del callejón. Si te descubre alguien van a sospechar.

—Pero es muy tarde, Steve —gimoteó—. Y no está nada bien entrar a la fuerza en los sótanos y…

—No hemos entrado a la fuerza —le dije con impaciencia—. La puerta estaba abierta, ¿no? Date prisa. Si buscamos en las cajas entre los dos, en cinco minutos habremos terminado.

Chuck se inclinó sobre la abertura.

—Está demasiado oscuro —se quejó—, y no tenemos linterna ni nada.

—Yo veo bien. Venga, baja. No pierdas más tiempo.

—Pero es ilegal… —comenzó. Entonces vi que le cambiaba la cara. Abrió la boca y la luz de unos faros cayó sobre él. Chuck se metió en la abertura y bajó a toda velocidad.

Se acercó a mí jadeando.

—Creo que no me han visto. —Pasó la mirada por el enorme sótano—. Está muy oscuro, Steve. Vámonos a casa.

—Espera que se te acostumbren los ojos —le indiqué—. Yo veo bien.

Miré en torno al sótano. Era más grande de lo que creía. No se veían las paredes, ocultas en las tinieblas. El techo, muy bajo, nos quedaba a menos de un palmo de nuestras cabezas. A pesar de la poca luz, se veían las telañaras en las vigas.

Las cajas estaban apiladas en dos hileras, cerca de las escaleras. Al otro lado de la habitación se oía el clik clik clik del agua.

—¡Ah! —Pegué un brinco al oír un chasquido. Tardé un momento en darme cuenta de que era el viento que agitaba la trampilla de metal en el callejón.

Me acerqué a una caja y me incliné para examinarla. Las solapas no estaban pegadas.

—Vamos a echar un vistazo —murmuré.

Chuck permanecía de brazos cruzados.

—Esto no está bien —protestó—. Es robar.

—No hemos cogido nada. Y si encontramos una buena máscara, sólo la tomaremos prestada. Ya la devolveremos después de Halloween.

—¿No tienes… un poco de miedo? —preguntó Chuck en voz baja, moviendo los ojos en torno al sótano.

Asentí con la cabeza.

—Sí, un poco —admití—. Esto está helado y es bastante siniestro, desde luego. —El viento resonaba en la trampilla por encima de nosotros. Oí el débil goteo del agua sobre el suelo de cemento—. Date prisa —le apremié—. Ayúdame.

Chuck se acercó, pero se quedó mirando la caja sin hacer nada. Yo abrí las solapas.

—¿Qué es esto? —Saqué un sombrero de fiesta en forma de cono. La caja estaba llena de gorros—. ¡Genial! —exclamé entusiasmado—. Tenía razón. Todas las cosas de la tienda están empaquetadas aquí. ¡Ya verás cómo encontraremos las máscaras!

Había un montón de cajas apiladas. Me puse a abrir otra.

—Chuck, tú mira la del final —indiqué.

El tendió la mano vacilante.

—Todo esto me da muy mala espina, Steve —murmuró.

—Tú busca las máscaras. —El corazón me iba a tope de lo nervioso que estaba. Me temblaban las manos al abrir la segunda caja.

—Está llena de velas —informó Chuck.

En la mía había montones de mantelitos de fiesta, servilletas y vasos de papel.

—Tú sigue —le apremié—. Las máscaras tienen que estar aquí.

El viento seguía sacudiendo la trampilla sobre nuestras cabezas. Yo confiaba en que no se cerrara de pronto. No quería quedarme atrapado en aquel sótano frío y a oscuras.

Arrastramos dos cajas más al cuadrado de pálida luz que venía de la calle. La mía estaba cerrada con cinta adhesiva. Me puse a arrancaría, pero me detuve al oír un crujido que venía de arriba.

¿Serían los tablones de madera del suelo?

Me quedé petrificado, con las manos en la caja.

—¿Qué ha sido eso? —susurré.

Chuck me miró con el ceño fruncido.

—¿El qué?

—¿No has oído un ruido en el piso de arriba? Parecían pasos.

Chuck movió la cabeza.

—Yo no he oído nada.

Me quedé escuchando un momento. Al ver que todo estaba en silencio, seguí abriendo la caja. Cuando por fin lo logré, miré dentro ansiosamente.

Eran tarjetas de felicitación, montones de tarjetas de felicitación. Revolví un poco entre ellas. Tarjetas de cumpleaños, de San Valentín. Toda una caja llena de tarjetas.

Dejé a un lado la caja, decepcionado, y me volví hacia Chuck.

—¿Ha habido suerte?

—Todavía no. A ver qué hay en ésta.

Abrió la caja con las dos manos y se inclinó sobre ella.

—¡Aj! —exclamó.

8

—¡Qué asqueroso! —gruñó.

—¿El qué? ¿Qué pasa? —Salté por encima de mi caja para acercarme a él.

—Mira. —Chuck sacó algo con una mueca.

Yo me quedé sin aliento al ver una cara morada con los dientes rotos y un gusano largo y gordísimo que salía de un agujero en la mejilla.

—¡Las has encontrado!

Chuck lanzó una alegre carcajada.

—¡Toda una caja de máscaras! ¡Y son realmente espantosas!

Le cogí la que tenía en la mano y me la quedé mirando.

—¡Es… está caliente!

En el sótano hacía un frío que pelaba. ¿Cómo podía ser que la máscara estuviera caliente? El gusano salía de la cara como si estuviera vivo. Dejé caer la máscara y metí la mano en la caja para sacar otra. Era una asquerosa cara de cerdo con dos mocos verdes cayéndole del morro.

—¡Esta se parece a Carly Beth! —bromeó Chuck.

—Son todavía más horrorosas que la que llevaba Carly Beth el año pasado.

Saqué otra. Era una cara peluda de animal, como de gorila, sólo que tenía dos largos y afilados colmillos que le pasaban de la barbilla.

La dejé caer y cogí otra, y luego otra. Era una espantosa cabeza calva con un ojo colgando de un hilo y una flecha atravesándole la

frente.

Se la tiré a Chuck y cogí otra.

—¡Esto es increíble! —exclamé entusiasmado—. Esos criajos se van a morir de miedo. Lo que no sé es cuál elegir.

Chuck soltó un gruñido de asco y tiró su máscara en la caja.

—Parecen de piel de verdad. Están calientes.

No le hice ningún caso. Estaba demasiado ocupado escarbando en el fondo de la caja. Quería ver todas las máscaras antes de decidirme por alguna. Quería la máscara más terrible, la más asquerosa de todas. Quería una máscara que les provocara a esos pequeñajos más pesadillas de las que me habían producido ellos a mí.

Saqué una cara de niña con la cabeza de un lagarto saliéndole de la boca. No, no era bastante horrorosa.

Saqué otra de un lobo furioso que enseñaba dos hileras de afilados dientes. Demasiado inocente.

Saqué una máscara feísima de un hombre que sonreía obscenamente, con una mueca malvada. Tenía un enorme diente podrido montado sobre el labio inferior y unas greñas largas y amarillentas que le caían sobre la frente arrugada. Por el pelo le reptaban unas grandes arañas negras en dirección a las orejas. Le faltaba un trozo de frente y por el agujero se le veía el cráneo gris.

«No está mal», pensé.

¡Incluso olía mal!

Me la iba a poner cuando volví a oír un ruido, esta vez más fuerte. El techo volvió a crujir. Me quedé sin aliento. Parecían pasos, como si alguien estuviera andando por arriba.

Pero Chuck y yo habíamos estado mucho tiempo mirando a través del escaparate, y la tienda nos había parecido oscura y desierta. Si hubiera habido alguien escondido, lo habríamos visto.

Al oír otro crujido tragué una bocanada de aire. Me quedé paralizado, escuchando con atención. Se oía el goteo del agua al otro lado del sótano y las sacudidas de la trampilla. Y también oía mi propia respiración entrecortada.

El techo crujió de nuevo. Tragué saliva.

«Es un edificio viejo —pensé—, y los edificios viejos siempre hacen ruidos extraños, sobre todo en las noches ventosas.»

Entonces oí el rumor de un paso y dije con voz entrecortada:

—Chuck, ¿has oído eso?

Seguí escuchando, sin soltar la máscara del viejo.

—¿No has oído eso? —insistí—. ¿Crees que habrá alguien en la tienda?

Silencio.

Otro paso.

—¿Chuck? —susurré—. Oye, Chuck.

Me volví hacia él con el corazón desbocado.

—¿Chuck?

Había desaparecido.

9

—¿Chuck?

Tenía tanto miedo que no podía ni respirar. Entonces oí el golpeteo de unas zapatillas contra el cemento y me volví hacia las escaleras. Bajo la tenue luz vi desaparecer a Chuck por la trampilla. En cuanto llegó al callejón, volvió a asomar la cabeza.

—¡Steve, sal de ahí! —susurró—. ¡Deprisa! ¡Sal de ahí!

Demasiado tarde.

En ese preciso momento se encendió una luz en el techo. Parpadeé deslumbrado y vi a un hombre que se acercaba a toda prisa. Pasó la mano por la pared, tiró de un largo cordel negro… y la trampilla se cerró con un ensordecedor ¡clang!

—¡Ah! —exclamé.

El hombre se volvió hacia mí.

Estaba atrapado.

Chuck había salido, pero yo estaba aprisionado en el sótano con aquel tipo. Y menuda pinta tenía, con una capa negra que ondeaba tras él.

«¿Será un disfraz de Halloween?», me pregunté.

Bajo la capa llevaba un traje negro, anticuado. El hombre tenía el pelo negro muy engominado, con la raya en medio, y un bigote negro, fino como un lápiz, que se doblaba sobre su labio superior. Sus ojos brillaban como dos ascuas encendidas.

«¡Como los ojos de los vampiros!», pensé.

Estaba temblando de la cabeza a los pies. Me aferré a los costados de la caja e intenté sostenerle la mirada.

«Estoy atrapado —pensé, mientras esperaba que dijera algo—. Estoy atrapado con un vampiro.»

—¿Qué haces aquí? —me preguntó por fin. Se echó atrás la capa negra y se cruzó de brazos, mirándome ceñudo con aquellos ojos encendidos.

—Pues… sólo estaba mirando las máscaras —conseguí decir. Todavía me encontraba de rodillas. Me temblaban tanto las piernas que no podía ni levantarme.

—La tienda está cerrada —dijo el hombre, con los dientes apretados.

—Ya lo sé —admití yo, bajando la vista—. Es que…

—Hace tiempo que cerramos definitivamente la tienda.

—Lo… lo siento —tartamudeé.

¿Me iba a dejar marchar? ¿Qué iba a hacer conmigo? Si me ponía a gritar no me oiría nadie. ¿Intentaría Chuck conseguir ayuda o ya estaría a medio camino de su casa?

—Vivo en el piso de arriba —explicó el hombre, que me seguía mirando furioso—, y he oído ruidos aquí abajo, como si estuvieran moviendo las cajas. Estaba a punto de llamar a la policía.

—¡No soy ningún ladrón! —exclamé—. Por favor, no llame a la policía. Mi amigo y yo encontramos la trampilla abierta y por eso bajamos.

El hombre paseó rápidamente la vista por la habitación.

—¿Qué amigo?

—Salió corriendo en cuanto le oyó llegar —dije—. Sólo queríamos ver si había alguna máscara. Para Halloween, ¿sabe? Pero no pensaba robar nada, sólo…

—Pero la tienda está cerrada —repitió el hombre. Entonces miró la caja abierta que yo tenía delante—. Esas máscaras son muy especiales. No están en venta.

—¿No… no están en venta?

—No deberías haber entrado así —dijo el hombre, meneando la cabeza. Su pelo engominado relucía bajo la bombilla del techo—. ¿Cuántos años tienes?

Me quedé con la mente en blanco. Abrí la boca, pero no dije nada. ¡Estaba tan aterrorizado que se me había olvidado hasta la edad!

—Doce —contesté por fin. Respiré hondo para intentar tranquilizarme.

—Doce años y ya te dedicas a robar.

—¡Yo no he robado nada! —protesté—. Sólo he venido a comprar una máscara. Mire. He traído el dinero.

Me metí la mano temblorosa en el bolsillo y saqué unos billetes.

—Veinticinco dólares —dije, alzándolos para que pudiera verlos —. Tenga. ¿Es suficiente para una de estas máscaras?

El hombre se frotó la barbilla.

—Ya te lo he dicho, jovencito. Estas máscaras son muy especiales. No están en venta. Te aseguro que no te gustaría nada tener una de esas máscaras.

—¡Ya lo creo que me gustaría! —exclamé—. ¡Pero si son fantásticas! Son las mejores máscaras que he visto en mi vida. Sólo faltan unos días para Halloween y necesito una máscara. ¡La necesito! Por favor…

—No están en venta —repitió el hombre.

—¿Por qué no?

Entonces me miró pensativo.

—Son demasiado reales.

—¡Precisamente por eso son tan fantásticas! Por favor, por favor… Tenga, tenga el dinero. —Le tendí los billetes.

Él se dio media vuelta sin contestar, agitando la capa.

—Ven conmigo, jovencito.

—¿Adonde? —Un escalofrío de miedo me recorrió la espalda. Todavía tenía el dinero en la mano.

—Arriba. Voy a llamar a tus padres.

—¡No! —chillé—. ¡No, por favor!

Si mis padres se enteraban de que me habían pillado en el sótano de una tienda, se enfadarían y me castigarían. Me perdería este Halloween… y los treinta siguientes.

El hombre me miró fríamente.

—No quiero llamar a la policía —dijo—. Preferiría llamar a tus padres.

—Por favor… —murmuré otra vez mientras me levantaba.

De pronto se me ocurrió una idea: salir corriendo. Eché un rápido vistazo a las escaleras que llevaban a la trampilla. Si salía

disparado, llegaría a las escaleras antes de que el hombre pudiera atraparme.

La trampilla estaba cerrada, pero seguro que no tenía ningún pestillo. Podría abrirla desde abajo y escapar corriendo. Volví a mirar los escalones y decidí que valía la pena intentarlo. Respiré hondo y conté en silencio hasta tres.

Uno… dos… ¡TRES!

A la de tres salí volando. El corazón me golpeaba el pecho con más fuerza que las zapatillas el suelo. En un segundo alcancé las escaleras.

—¡Eh, alto ahí! —oí que gritaba el hombre de la capa. Noté que se lanzaba detrás de mí—. ¡Alto ahí, jovencito! ¿Adónde vas?

No me detuve; ni siquiera miré atrás. Subí las escaleras de dos en dos. «¡Sí! ¡Sí! ¡Lo voy a conseguir!», pensé. Al llegar arriba levanté las manos y empujé la trampilla con todas mis fuerzas.

Ni se movió.

10

—¡Aaah! —grité aterrorizado.

El hombre de la capa había llegado al pie de las escaleras. Casi sentía su aliento en el cuello.

«¡La trampilla se tiene que abrir! —me dije—. ¡Se tiene que abrir!»

Respiré hondo y lancé el hombro contra ella. Empujé con un gruñido desesperado. Volví a empujar.

El hombre de la capa intentó cogerme. Noté que su mano me rozaba el tobillo, pero se la aparté de una patada. Luego di otro golpe con el hombro en la trampilla. Y por fin se abrió.

Un grito de alegría escapó de mi garganta cuando salí a trompicones al callejón.

El aire frío me dio en la cara. Entonces tropecé con algo duro, una piedra o un ladrillo.

No me paré a mirar. Seguí corriendo por el estrecho callejón hasta llegar a la acera delante de la tienda.

Miré a todas partes buscando a Chuck. Ni rastro de él. ¿Me habría seguido el hombre de la capa? ¿Me estaría persiguiendo? Me volví hacia el callejón, pero sólo vi oscuridad.

Entonces eché a correr como un loco. Los pies no me tocaban el suelo. Crucé la calle a toda velocidad y unas brillantes luces cayeron sobre mí. Un coche hizo sonar el claxon al pasar y pegué un bote del susto.

—¡Eh, Steve! —Chuck salió de detrás de un matorral muy alto —. ¡Lo has conseguido!

—Sí, lo he conseguido —repliqué jadeando.

—No… no sabía qué hacer —dijo él con voz entrecortada.

Yo moví la cabeza.

—Así que te quedaste aquí plantado…

—Te estaba esperando. Tenía miedo —me dijo.

Menuda ayuda.

—Vámonos —le apremié, echando un vistazo al otro lado de la calle—. A lo mejor nos está persiguiendo.

Echamos a correr. Nuestro aliento era una nube de vapor en el aire frío de la noche. Las casas y los oscuros jardines pasaban a nuestro lado como un borrón negro. No dijimos ni una sola palabra.

Tres manzanas más allá aminoramos la carrera. Nos estábamos acercando a la casa de Chuck. Yo me incliné, intentando calmar el dolor que sentía en el costado. Siempre me da una punzada cuando corro unas cuantas manzanas.

—¡Nos vemos! —exclamó Chuck, también sin aliento—. Siento que no hayas conseguido tu máscara.

—Sí, es una pena —murmuré tristemente.

Me quedé mirándolo hasta que desapareció en la parte trasera de la casa. Luego respiré hondo y eché a correr otra vez, esta vez más despacio, en dirección a mi casa, en la manzana siguiente.

El corazón me palpitaba con fuerza, pero empezaba a calmarme. El hombre de la capa negra no había salido a perseguirnos. Enseguida estaría a salvo en mi casa.

Cuando ya estaba en el camino de entrada me detuve. La punzada del costado se había convertido en un dolor sordo. Entré en el porche, iluminado por una luz amarilla, y oí a mi perro Sparky que ladraba dentro. Sparky sabía que yo había llegado.

Cuando alcancé la puerta esbocé una sonrisa, una gran sonrisa. Estaba muy satisfecho conmigo mismo. La verdad es que estaba contentísimo. Tenía ganas de ponerme a dar brincos, de ejecutar una danza salvaje, de lanzar un alarido, de echar atrás la cabeza y aullarle a la luna.

La noche había sido un éxito total.

No se lo había dicho a Chuck porque no quería que supiera nada, pero cuando el hombre de la capa encendió la luz del sótano —en esa fracción de segundo antes de que él me viera o yo le viera

él—, cogí una máscara de la caja y me la metí debajo de la camiseta.

¡Tenía una máscara!

No había sido nada fácil. La verdad es que cuando me encontré atrapado en aquel sótano siniestro con aquel hombre tan raro, pasé más miedo que en toda mi vida.

¡Pero tenía una máscara debajo de la camiseta! La notaba en el pecho al correr y también ahora, cálida contra mi piel. Estaba contentísimo conmigo mismo.

Entonces sentí que la máscara se movía y lancé un grito. ¡Me había dado un mordisco en el pecho!

11

Me cogí la camiseta y apreté las dos manos contra el bulto de la máscara.

—Uf —murmuré, colocando bien la máscara.

«Deja de imaginar cosas, Steve —me reprendí—. Cálmate. La máscara se te estaba resbalando por el pecho, nada más. No se estaba moviendo. No te ha mordido. Entra en casa y escóndela en un cajón de tu cuarto. Y contrólate.»

¿Por qué estaba tan nervioso?

Ya había pasado lo peor. Había escapado con una de las mejores máscaras. Ahora era yo quien iba a asustar. ¿Por qué había de seguir teniendo miedo?

Sin soltarme la camiseta, abrí la puerta y entré en la casa.

—¡Al suelo! ¡Al suelo, Sparky! —grité cuando el pequeño terrier negro salió a saludarme dando brincos a mi alrededor y ladrando y gimiendo como si no me hubiera visto en veinte años—. ¡Al suelo, Sparky! ¡Al suelo!

Yo pretendía entrar furtivamente en la casa, subir corriendo a mi cuarto y esconder la máscara antes de que mis padres me oyeran, pero Sparky me fastidió los planes.

—Steve, ¿eres tú? —Mi madre irrumpió en el cuarto de estar con cara de preocupación. Me miró furiosa, y con un soplido se apartó de los ojos un rizo de pelo rubio—. ¿Dónde demonios te habías metido? Tu padre y yo ya hemos terminado la cena. La tuya debe de estar helada.

—Lo siento, mamá —dije, sin soltarme la camiseta para que no

se me resbalara la máscara, y al mismo tiempo intentando apartar a Sparky.

El rizo volvió a caerle sobre la frente y mi madre se lo apartó otra vez de un soplido.

—¿Pero se puede saber dónde estabas?

—Pues… bueno…

«Piensa, Steve. No le puedes decir que te has escapado para robar una máscara de Halloween del sótano de una tienda.»

—Tenía que ayudar a Chuck en una cosa —contesté por fin.

Era una mentira, claro, pero tampoco muy gorda. Casi siempre soy sincero, aunque en ese momento lo único que me importaba era quedarme con la máscara. Ya era mía, y estaba impaciente por sacármela de debajo de la camiseta y ponerla a salvo en mi habitación.

—Pues deberías habérmelo dicho —me regañó mi madre—. Tu padre ha salido a comprar, pero también está muy enfadado. Tenías que haber venido a cenar.

Bajé la cabeza.

—Lo siento, mamá.

Sparky me miró… ¿o estaba mirando el bulto debajo de mi camiseta? Si el perro lo veía, mi madre también podía verlo.

—Voy a quitarme el abrigo y bajo enseguida —dije.

No le di ocasión de contestar. Salí disparado y subí las escaleras de dos en dos. Atravesé corriendo el pasillo, aterricé en mi cuarto y cerré de golpe la puerta.

Estaba casi sin aliento. Me quedé escuchando un rato para ver si mi madre me había seguido. No. La oí abajo, trasteando en la cocina, para prepararme la cena.

¡Me estaba muriendo de ganas de ver la máscara! ¿Cuál sería? Cuando se encendió la luz del sótano, me la había metido debajo de la camiseta sin mirar. Ahora, por fin, podía sacar mi preciado trofeo.

—¡Guau! —La sostuve con las dos manos para admirarla bien.

Era la máscara del viejo. Había cogido la del viejo siniestro.

Le alisé los largos mechones de pelo rubio blanquecino. Luego la cogí por las puntiagudas orejas y me la puse delante de la cara. Encima del labio inferior sobresalía un diente blanco con un gran

agujero podrido en el medio. Entonces recordé que cuando estaba en el porche, el diente me había rascado el pecho. Por eso había pensado que la máscara me estaba mordiendo.

Tenía la boca torcida en una mueca malvada, y los labios retorcidos como dos gusanos. De la nariz le caían mocos verdes. Le faltaba un trozo de piel en la frente, y debajo se veía el cráneo gris.

Toda la cara estaba arrugada. La piel era de un asqueroso color verde y parecía que le estuviera cayendo de la cara. En las mejillas hundidas había varias ronchas oscuras, y unas arañas negras le reptaban por el pelo pajizo. También le salían dos arañas por las orejas.

—¡Aj! —exclamé con repugnancia.

Era la máscara más siniestra del mundo. Qué digo, ¡de todo el universo! Sólo de tenerla tan cerca ya me daba un poco de miedo. Le froté una mejilla con el dedo. La piel estaba caliente, como si fuera de verdad.

—Je je je je. —Intenté reírme como el viejo—. Je je je. —Fingí una risa seca y cascada.

«¡Cuidado, Puercos! ¡Cuando me veáis salir de golpe en Halloween con esta máscara os vais a morir de miedo!»

—Je je je.

Al peinarle el pelo con la mano, mis dedos tropezaron con las arañas enredadas. No parecían de goma. Eran suaves y cálidas, como la piel. Volví a mirar alucinado aquella cara tan asquerosa. Los labios marrones se estremecieron.

¿No debería probármela?

Me acerqué al espejo de mi armario. Me moría de ganas de ver cómo me quedaba. Decidí ponérmela sólo un segundo, el tiempo justo para ver el aspecto tan espantoso y siniestro que tendría.

La cogí con las dos manos, me la puse en la cabeza y, muy despacio y con muchísimo cuidado, empecé a bajarla, bajarla, bajarla sobre mi cara.

12

—¡Steve!

Me sobresaltó el grito de mi madre.

—Steve, ¿dónde estás? ¡Baja a cenar ahora mismo!

—¡Ya voy! —contesté. Me quité la máscara. Ya me la probaría más tarde.

Fui corriendo al armario y abrí el cajón de los calcetines. Antes de meter la máscara, le puse el largo pelo lleno de arañas por encima de la cara. La escondí debajo de unos cuantos pares de calcetines y bajé a la cocina. Mi madre me había puesto en la mesa una ensalada y un plato de macarrones con queso.

Noté un gruñido en el estómago y me di cuenta de que estaba muerto de hambre. Me senté, aparté la ensalada y me puse a engullir los macarrones a toda velocidad. Bajé un momento la vista. Sparky me miraba con sus grandes y tristes ojos negros. Al ver que le prestaba atención, movió la cola.

—Sparky —le dije—, a ti no te gustan los macarrones.

Él ladeó la cabeza, como si intentara comprenderme. Le di un par de macarrones. El perro los olisqueó y los dejó en el suelo.

Mi madre estaba muy atareada limpiando la nevera para hacer sitio a la verdura que había ido a comprar mi padre. Yo me moría de ganas de contarle lo de la máscara. Quería enseñársela, e incluso ponérmela y darle un susto, pero sabía que me haría demasiadas preguntas: dónde la había comprado, cuánto me había costado, cuánto había retirado de mis ahorros para comprarla… Como no podía responder estas preguntas, me mordí la lengua y me aguanté

las ganas de soltar la maravillosa noticia de que este Halloween no tendría que ser un vagabundo otra vez.

Ése había sido mi disfraz durante los últimos cinco años: un vagabundo. La verdad es que tampoco era del todo un disfraz. Me ponía un traje viejo de mi padre con el pantalón lleno de remiendos, y mi madre me pintaba la cara con carbón para que pareciera que iba sucio. En el hombro llevaba un hatillo.

¡Menudo rollo!

Pero este Halloween sería diferente. Este Halloween no iba a ser ningún rollo. Me sentía feliz.

Seguí tragando macarrones con queso sin dejar de pensar en la máscara. «No se lo voy a contar a nadie —decidí—. Quiero asustar a todo el mundo que conozco. No se lo diré ni a Chuck. Al fin y al cabo, él salió corriendo y me dejó tirado en aquel sótano.

»¡Cuidado, Chucky! —se me escapó la risa y me salieron los macarrones de la boca—. ¡También voy a por ti!»

13

Al día siguiente tenía entrenamiento de fútbol con los Puercos. Era una tarde fría y soleada de octubre. Las hojas caídas de los árboles, marrones y amarillas, relucían bajo el sol como si fueran de oro, y algunas nubecillas blancas flotaban en el cielo azul como algodones.

A mí todo me parecía precioso porque sólo faltaba un día para Halloween.

Estaba mirando las nubes cuando Marnie Rosen me soltó un balonazo en pleno estómago. Me llevé las manos al vientre, doblado de dolor. Duck Benton y otros dos chicos me saltaron a la espalda y me tiraron de narices al barro.

No me importó. La verdad es que incluso me eché a reír, porque sabía que sólo tenía que esperar un día más.

Intenté enseñarles a pasarse la pelota. Cuando iba corriendo por el campo, Andrew Foster me puso la zancadilla y salí disparado hacia las bicicletas aparcadas. Al caerme me di con un manillar en la barbilla y vi todas las estrellas del firmamento, pero no me importó. Me levanté con una sonrisa porque tenía un secreto, un oscuro secreto que los enanos ignoraban. Sabía que la noche siguiente iba a ser muy especial para mí.

A las cuatro en punto puse fin al entrenamiento. Estaba tan agotado que no pude ni tocar el silbato. Llevaba la ropa empapada de barro, andaba cojo y tenía cortes y moratones en todo el cuerpo.

Una tarde típica con los Puercos, pero no me importó.

Los reuní en círculo a mi alrededor. Ellos se empujaban unos a

otros, se tiraban del pelo y se insultaban. Ya os lo he dicho… son auténticas bestias. Alcé las manos para tranquilizarlos.

—Mañana podemos celebrar una fiesta especial de Halloween —sugerí.

—¡YUPIIIII! —aullaron.

—Nos reuniremos con nuestros disfraces después del entrenamiento —proseguí—. Todo el equipo. Iremos juntos a dar sustos por ahí. Yo os llevaré.

—¡YUPIIIII! —volvieron a aullar.

—Así que decid a vuestros padres que os traigan. Será nuestra fiesta especial. Nos encontraremos delante de la vieja mansión Carpenter.

Silencio. Esta vez no berrearon.

—¿Por qué tenemos que quedar allí? —preguntó Andrew.

—Esa casa está encantada —dijo Marnie en voz baja.

—Es un sitio horrible —añadió Duck.

Yo les miré con expresión desafiante, entornando los ojos.

—¿Es que tenéis miedo? —pregunté.

Silencio. Se miraron nerviosos los unos a los otros.

—¿Qué, gallinas, os da miedo quedar allí? —insistí.

—¡De eso nada! —dijo Marnie.

—¡No nos da ningún miedo!

Y todos se pusieron a decirme lo valientes que eran, así que quedamos en vernos allí.

—Yo una vez vi un fantasma —presumió Johnny Myers—. Detrás de mi garaje. Pero le hice ¡buuu!, y se fue volando.

Los Puercos son unos salvajes, pero tienen una imaginación portentosa.

Todos se pusieron a burlarse de Johnny, pero él no se bajaba del burro. Insistía en que había visto un fantasma. Al final lo tiraron al suelo y le mancharon de barro toda la chaqueta.

—Oye, Steve, ¿tú de qué te vas a disfrazar? —preguntó Marnie.

—Sí, ¿de qué te vas a disfrazar? —repitió Andrew.

—¡De montón de residuos tóxicos! —bromeó alguien.

—No, no. ¡Va a ir de bailarina! —intervino otro.

Todos gritaban y se reían.

«Adelante, enanos, ya podéis reíros —pensé—. Reíros ahora

porque cuando me veáis en Halloween, el único que reirá seré yo.»

—Pues… voy a ir de vagabundo —les dije—. Me reconoceréis. Llevaré un traje viejo y roto y la cara sucia.

—¡Si ya eres un vagabundo! —gritaron los fieles miembros de mi equipo.

Más carcajadas enloquecidas, más gritos, más empujones, más tirones de pelo, además de unas cuantas peleas en el suelo. Por suerte en ese momento empezaron a aparecer los padres y niñeras que venían a por ellos. Yo los vi marchar con una gran sonrisa en mi cara, una enorme y malvada sonrisa.

Entonces cogí la mochila y me fui corriendo a casa. No paré de correr en todo el camino. Estaba deseando echarle otro vistazo a la máscara.

Cuando pasé por delante de la casa de Chuck, mi amigo salió un momento.

—Eh, Steve, ¿qué pasa?

—Nada—contesté—. ¡Nos vemos luego, tío!

Seguí corriendo. No quería perder tiempo con Chuck. Necesitaba ver mi máscara, tenía que recordar lo espantosa, lo terrorífica que era.

Entré disparado en casa y subí los escalones de tres en tres. Cuando por fin llegué a mi habitación tiré la mochila en la cama, me acerqué al armario y abrí ansiosamente el cajón de los calcetines.

—¿Eh?

Miré dentro.

Aparté con mano temblorosa varios pares de calcetines.

La máscara había desaparecido.

14

—¡No!

Me puse a revolver frenéticamente el cajón, tirando todos los calcetines al suelo.

No estaba la máscara. Había desaparecido. Los calcetines, doblados con forma de bola, rebotaban por toda la habitación. Mi cabeza estaba igual de revuelta.

Entonces me acordé.

Por la mañana, antes de ir al colegio, había sacado la máscara. Tuve miedo de que mi madre hiciera la colada, abriera el cajón y la descubriera. Así que la había metido en el fondo del armario, detrás del saco de dormir.

Lancé un largo suspiro y me puse a gatas. Recogí rápidamente todos los calcetines y volví a meterlos en el cajón. Luego abrí el armario y saqué la máscara del último estante.

«Steve, tienes que calmarte, tío —me dije—. Al fin y al cabo no es más que una máscara de Halloween. No tienes que darte estos sustos.»

A veces es bueno regañarse uno mismo, darse consejos. Empecé a sentirme más calmado. Alisé el pelo de la máscara y pasé la mano por la piel arrugada y cubierta de ronchas. Los labios marrones sonreían. Metí el dedo meñique por el asqueroso agujero del diente y toqué las arañas que se metían en las orejas.

—¡Es genial! —exclamé en voz alta.

Faltaba sólo un día para Halloween pero no podía esperar. Tenía que enseñársela a alguien. ¡Tenía que darle un susto a alguien! En

ese instante me vino a la mente la cara de Chuck. Mi viejo amigo Chuck era la víctima perfecta. Acababa de verle hacía sólo un instante.

«¡Madre mía! ¡Se va a quedar de piedra!», me dije. Chuck pensaba que yo había salido de aquel sótano con las manos vacías. Me metería a escondidas en su casa y saltaría sobre él con aquella máscara tan asquerosa. ¡Se iba a desmayar!

Eché un vistazo al reloj. Quedaba una hora antes de la cena. Mis padres aún no habían llegado a casa.

«¡Sí, ahora mismo voy!», decidí.

—Je je je je —practiqué la risa del viejo—. Je je je je. —Era la risa más diabólica que me salía.

Entonces cogí la máscara por el cuello con las dos manos, me acerqué al espejo y me la puse en la cabeza. Luego la bajé. Se deslizó fácilmente por el pelo. Al irla bajando sobre la cara la noté suave y cálida, primero en las orejas y después en las mejillas. Cada vez más abajo, hasta que por fin noté que la parte de arriba se me ajustaba en el pelo. La giré un poco hasta que pude ver por los estrechos agujeros de los ojos. Bajé las manos y me acerqué más al armario.

Era muy cálida. De pronto me pareció demasiado cálida. Me apretaba la cara y cada vez estaba más caliente.

—¡Eh! —grité.

Me quemaba. Me costaba respirar.

—¡Eh! ¿Qué está pasando?

15

Notaba que la piel de la máscara me apretaba la cara cada vez más. Me ardían las mejillas. Me invadió un hedor rancio y asfixiante. Intenté respirar hondo, pero la máscara me apretaba tanto que casi no me dejaba coger aire.

La toqué con las dos manos. Por fuera parecía normal… pero por dentro estaba ardiendo.

Intenté quitármela pero no se deslizaba. Tenía la goma caliente pegada a la cara. Volvió a invadirme el olor pútrido. Tiré con más fuerza, pero la máscara siguió sin moverse. Resollé, intentando respirar.

Entonces la cogí por el pelo y tiré. Luego metí las manos debajo de la barbilla y tiré de nuevo.

—¡Aaah! —Se me escapó un gemido de los labios.

Dejé caer las manos yertas a los lados. De pronto estaba agotado. Me encontraba débil, muy débil. Cada aliento era una lucha. Me incliné. Me temblaba todo el cuerpo.

Me sentía débil y viejo.

Viejo.

¿Era así como se sentía un viejo?

«Cálmate, Steve —me dije—. No es más que una máscara de goma. Te aprieta un poco, eso es todo. La tienes pegada a la cara, nada más. Pero te la quitarás y ya está. Intenta calmarte. Cuenta hasta diez y luego mira bien la máscara en el espejo. Si la coges por abajo te la podrás quitar. Es muy fácil.»

Conté hasta diez y me acerqué al espejo, pero al ver mi imagen

estuve a punto de soltar un grito. La máscara era tan real, tan horrible, tan espantosa… Con mis ojos debajo de ella, la cara parecía cobrar vida. Los labios marrones me sonrieron con una mueca. Cuando movía los labios, los de goma se movían asquerosamente. Los mocos verdes temblaban en aquellas narizotas y las arañas parecían reptar entre el pelo enredado.

«No es más que una máscara, una máscara genial», me dije.

Empecé a calmarme un poco, pero entonces se me escapó una risa de la garganta.

—Je je je je.

¡No era mi risa! ¡No era mi voz! Era la risa rota de un viejo.

¿Cómo había podido pasar? ¿Cómo había soltado un sonido tan raro? Cerré la boca. No quería volver a hacer el mismo ruido.

—Je je je.

¡Otra risa espeluznante! Era una voz aguda, más parecida a un graznido ronco que a una carcajada. Tensé la mandíbula y apreté los dientes, conteniendo el aliento para no volver a reírme.

—Je je je.

¡No era yo! ¿Quién se estaba riendo así? ¿De dónde venía aquella carcajada seca y aguda?

Me quedé mirando la cara del viejo en el espejo, petrificado de miedo.

Y entonces una mano me agarró la pierna con fuerza.

16

Me di media vuelta, conteniendo el aliento. Miré por los estrechos agujeros de la máscara y vi al instante que no era una mano lo que tenía en la pierna. Eran unos dientes, dientes de perro.

—¡Sparky! —exclamé. Pero mi voz no era más que un seco susurro apagado.

Sparky retrocedió. Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo.

—No tengas miedo, Sparky. Soy yo.

Me salió una voz cascada. ¡Parecía mi abuelo! Ahora tenía la cara de un viejo… y la voz de un viejo. Me sentía muy débil, casi agotado.

Tendí la mano para acariciar a Sparky pero el brazo me pesaba una tonelada. Al agacharme me crujieron las rodillas. El perro me miró con la cabeza ladeada y moviendo la cola como un loco.

—No tengas miedo, Sparky —grazné—. Sólo me estaba probando esta máscara. Da miedo, ¿eh?

Bajé la cabeza e intenté coger al perro, pero vi que se le dilataban las pupilas de terror. Sparky lanzó un aullido, se me escapó de las manos de un brinco y echó a correr por la habitación ladrando a pleno pulmón, totalmente aterrorizado.

—¡Sparky, soy yo! —exclamé—. Ya sé que mi voz suena diferente, pero soy yo… ¡Steve!

Quise salir tras él, pero tenía las piernas muy flojas y las rodillas se negaban a doblarse. Tuve que intentarlo tres veces antes de conseguir levantarme. Me dolía la cabeza y no tenía resuello para perseguirlo.

De todas formas, era demasiado tarde. El perro ya estaba bajando por las escaleras, ladrando como un loco.

—Qué raro —murmuré, frotándome la espalda dolorida.

Me acerqué cojeando al espejo. Sparky ya había visto máscaras otras veces, sabía que era yo. ¿Por qué estaba tan asustado entonces? ¿Por la voz tan rara que me salía? ¿Cómo es que la máscara me había cambiado la voz? ¿Y por qué, de pronto, me sentía como si tuviera cien años?

Por lo menos ya no me quemaba la cara, aunque la piel de la máscara seguía apretándome tanto que apenas podía mover los labios.

«Tengo que quitarme esto de encima —pensé—. Chuck tendrá que esperar a la noche de Halloween para que le dé el susto de su vida.»

Me llevé las manos al cuello, buscando el borde de la máscara. Noté que tenía la piel fofa y arrugada, y muy seca.

¿Dónde estaba el borde de 1a máscara? Me acerqué mis al espejo y miré muy atentamente, con los ojos entrecerrados, el cuello de la máscara. La piel estaba arrugada y llena de ronchas marrones. ¿Pero dónde se encontraba el borde? ¿Dónde terminaba la máscara y empezaba mi cuello?

Me toqueteé todo el cuello con las manos temblorosas. El corazón me iba a cien. Fui moviendo las manos poco a poco, muy despacio, arriba y abajo, una y otra vez.

Dejé caer los brazos y lancé un débil y asustado suspiro. ¡La máscara no tenía borde, no había ninguna línea entre la máscara y mi cuello! ¡La piel manchada y arrugada de la máscara se había convertido en mi piel!

—¡Mooooo! ¡Noooo! —grité con mi voz de viejo. ¡Tenía que sacarme de encima aquella cosa! ¡Tenía que hacerlo como fuera!

Apreté las mejillas de la máscara y tiré con todas mis fuerzas.

—¡Ay! —Una punzada de dolor me recorrió la cara.

Entonces tiré del pelo, pero me hice daño en la cabeza. Cogí la máscara, frenético, le di bofetadas, tiré de ella, intenté romperla… Pero cada bofetada, cada tirón, me dolía como si fuera mi propia piel.

—¡Los ojos! —exclamé.

A lo mejor podía meter los dedos en los agujeros de los ojos y quitarme la máscara. Me puse a palpar con dedos temblorosos… Pero no había agujeros en los ojos.

Aquella piel arrugada y cubierta de ronchas se había fundido con la mía, se había convertido en mi piel. ¡Aquella máscara asquerosa se había convertido en mi cara! Yo tenía la pinta de un viejo decrépito y terrorífico lleno de arañas, y me sentía cansadísimo.

Se me agarrotó la garganta de miedo. Apoyé mi abultada y espantosa frente en el espejo y cerré los ojos. «¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?» La pregunta se repetía como un triste cántico en mi mente.

Entonces oí que se cerraba la puerta de la casa.

—Steve… ¿estás en casa? ¿Steve? —gritó mi madre, al pie de las escaleras.

«¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?» La pregunta se repetía una y otra vez.

—¡Baja, Steve! —gritó mi madre—. Quiero enseñarte una cosa.

«¡No! —pensé, tragando saliva. Mi garganta seca soltó un chasquido—. ¡No! ¡No puedo bajar! ¡No puedo! ¡No quiero que me vea así!»

—Bueno, es igual —dijo mi madre—. Ya subo yo.

17

Oí sus pasos en las escaleras, y en un arrebato de pánico me lancé contra la puerta. Estuve a punto de caerme. Tenía las piernas tan viejas y tiesas que no podía moverme con rapidez.

Me acerqué cojeando a la puerta y la cerré justo cuando mi madre llegaba al segundo piso. Me quedé allí apoyado, con la mano en el pecho, intentando controlar la respiración, pensando qué decir.

No podía dejar que me viera así, no podía dejar que viera la máscara porque empezaría a hacer preguntas, pero sobre todo no podía dejar que viera lo que me había hecho la máscara.

Un instante después, mi madre llamaba suavemente a la puerta.

—Steve, ¿estás ahí? ¿Qué haces?

—Eh… nada, mamá.

—Bueno, ¿me dejas entrar? Te he comprado una cosa.

—No, ahora no —grazné.

«¡Por favor, no abras la puerta! —supliqué en silencio—. ¡Por favor, no entres en la habitación!»

—Steve, ¿por qué tienes esa voz tan rara?

—Pues… —«Piensa rápido, Steve. Piensa algo»—. Esto… me duele la garganta, mamá. Me duele mucho.

—Déjame que te la vea. ¿Estás enfermo?

Vi que el pomo de la puerta se movía.

—¡No! —grité, apretando la espalda contra la puerta.

—¿No estás enfermo?

—Bueno, sí —dije con mi temblona voz de viejo—. No me

encuentro muy bien, mamá. Me voy a tumbar un rato y luego bajo, ¿vale?

Me quedé mirando el pomo de la puerta, escuchando la respiración de mi madre al otro lado.

—Steve, te he comprado las galletas de chocolate que tanto te gustan. Tus favoritas. ¿Quieres una? A lo mejor te animas un poco.

Me resonaron las tripas. Son unas galletas increíbles, con chocolate por un lado y vainilla por el otro.

—A lo mejor después —gemí.

—Me he desviado tres kilómetros para comprártelas —dijo mi madre.

—Más tarde. Ahora no me encuentro muy bien. —Y no era mentira. Me palpitaban las sienes y me dolía todo el cuerpo. Me sentía tan débil que apenas podía sostenerme en pie.

—Ya te llamaré para cenar —dijo mi madre. Oí que bajaba las escaleras.

Me acerqué cojeando a la cama y dejé caer en ella mi cuerpo de viejo.

«¿Y ahora qué? —me pregunté, cogiéndome las mejillas con las manos—. ¿Cómo me quito yo esta cosa?»

Cerré los ojos e intenté pensar. Al cabo de unos minutos el rostro de Carly Beth apareció flotando en mi mente.

«¡Sí! Carly Beth es la única persona en el mundo que puede ayudarme», me dije.

El Halloween pasado, Carly Beth llevaba una máscara de la misma tienda. Tal vez a ella le había pasado lo mismo. Tal vez también a ella se le había pegado la máscara a la cara. Y si ella había conseguido quitársela, entonces podría decirme cómo quitarme yo la mía.

El teléfono estaba al otro lado de la habitación, en la mesa, al lado del ordenador. Normalmente habría llegado en tres segundos, pero tardé tres minutos en levantar mi viejo cuerpo, con muchos gruñidos y esfuerzos, y luego tardé cinco minutos más en arrastrarme por la habitación.

Cuando me dejé caer en la silla estaba exhausto. Necesité todas mis fuerzas para levantar la mano y marcar el número de Carly Beth.

«No puedo seguir así —me dije—. Carly Beth tiene que ayudarme. Ella tiene que saber cómo quitarme la máscara.»

El teléfono sonó tres veces antes de que lo cogiera su padre.

—¿Diga?

—Hola… Esto… ¿se puede poner Carly Beth? —pregunté con voz ahogada.

Silencio.

—¿Quién es? —preguntó por fin el señor Caldwell, desconcertado.

—Soy yo —contesté—. ¿Está Carly Beth?

—¿Es uno de sus profesores?

—No. Soy Steve. Yo…

—Lo siento, señor. No le oigo muy bien. ¿No puede hablar más alto? ¿Para qué desea hablar con mi hija? Tal vez yo pueda ayudarle.

—No… Yo…

Oí que el señor Caldwell hablaba en voz baja con alguien.

—Es un anciano que pregunta por Carly Beth. Apenas le oigo. No quiere decir quién es. —Entonces volvió al teléfono—. ¿Es usted algún profesor? ¿De qué conoce a mi hija?

—Es amiga mía —dije con voz rota.

Oí que de nuevo se dirigía a alguien, probablemente la madre de Carly Beth. Tapó el teléfono con la mano, pero de todas formas oí que decía:

—Creo que es un loco. O alguna broma. —Volvió a dirigirse a mí—: Lo siento, señor. Mi hija no se puede poner. —Y colgó.

Me quedé allí sentado, oyendo el pitido, con la araña en la oreja.

«¿Y ahora qué? —me pregunté—. ¿Ahora qué?»

18

Me quedé dormido en la silla. No sé cuánto tiempo. Me despertaron unos golpes en la puerta.

—¡Steve, a cenar! —gritó mi padre.

Me incorporé sobresaltado. Me dolía la espalda de dormir hecho un cuatro. Tenía el cuello muy rígido y me lo froté con las manos.

—Steve, ¿vas a bajar a cenar? —me preguntó mi padre.

—No… no tengo mucha hambre —contesté—. Me voy a acostar, papá. Creo que me he puesto enfermo.

—Oye, no vayas a ponerte malo la noche antes de Halloween. Te vas a perder la fiesta.

—Me… me pondré bien —dije con voz ronca y apagada—. Si duermo un poco me pondré bien.

«Sí, seguro. Tendré doscientos años, pero me pondré bien.»

Lancé un triste suspiro.

—Luego te traeremos una sopa —dijo mi padre, antes de desaparecer escaleras abajo.

Miré el teléfono, pensando en llamar otra vez a Carly Beth. «No —decidí—. No se creerá que soy yo. Me colgará como hizo su padre.»

Me rasqué las orejas. Notaba las arañas reptando por ellas. Me toqué el agujero de la frente donde estaba la piel rasgada. La piel era suave y cálida. Noté el cráneo duro que asomaba por el hueco.

—Aaaah. —Otro suspiro.

«Tengo que pensar —me dije—. Tengo que dar con la forma de salir de ésta.» Pero me sentía tan débil, tan soñoliento… Me levanté

y caí desplomado en la cama. Unos segundos después estaba totalmente dormido.

Me desperté con un sol brillante que entraba por la ventana. Parpadeé varias veces, sorprendido por la luz. Era por la mañana, la mañana de Halloween. Un día siempre feliz, siempre emocionante. Pero…

Me toqué la cara con las manos.

¡Estaba tersa! Tenía las mejillas tersas y suaves. Me froté las orejas. Unas orejas pequeñas. Mis orejas. ¡Sin arañas! Me llevé las manos al pelo… ¡Y toqué mi pelo, no las greñas del viejo! Luego, vacilante, con mucho cuidado, me toqué la parte de la frente por donde asomaba el cráneo. ¡No estaba!

—¡Soy yo otra vez! —grité en voz alta. Lancé un alarido de júbilo.

No estaba la máscara del viejo, ni la voz del viejo ni el cuerpo del viejo. Todo había sido un sueño, una espantosa pesadilla. Parpadeando todavía por la luz, miré contentísimo en torno a la habitación.

—¡Lo he soñado todo! —exclamé.

La bajada al oscuro sótano, el registro de las cajas, el hombre de la capa, la máscara del viejo… La máscara pegada a mi piel, imposible de quitar…

Todo había sido un sueño, una horrible pesadilla que ya se había acabado. ¡Estaba tan contento! Era el momento más feliz de mi vida. Quise levantarme de un brinco de la cama y ponerme a saltar y a bailar de alegría por toda la habitación.

Pero entonces abrí los ojos… Y me desperté de verdad.

19

… Me desperté de verdad. Y entonces me di cuenta de que había soñado que todo era un sueño. Me cogí la cara y noté las arrugas, las ronchas. Me froté la nariz y toqué los mocos verdes que tenía pegados.

Había soñado que la máscara no existía. Había soñado que tenía otra vez mi propia cara, mi propia voz y mi propio cuerpo. Todo había sido un sueño, un sueño maravilloso. Pero ahora estaba despierto…

Me levanté y me aparté las greñas de los ojos.

«Tengo que contárselo a papá y mamá. No puedo pasar otro día así.»

Había dormido vestido. Me levanté tambaleante y arrastré mi viejo cuerpo hasta la puerta. La abrí de golpe y vi una nota pegada al otro lado.

Querido Steve:

Espero que te encuentres mejor. Mamá y yo teníamos que ir esta mañana a ver a tu tía Helen. Hemos salido temprano para no pillar caravana. Llegaremos a tiempo para ayudarte a poner el disfraz de vagabundo. Besos,

Papá

¿Mi disfraz de vagabundo? No, este año no. Además, ahora tenía por lo menos doscientos años y era demasiado viejo para ir por ahí dando sustos.

Arrugué la nota y recorrí el largo trayecto hasta la cocina, agarrado a la barandilla y bajando los escalones de uno en uno. De pronto tenía muchísimas ganas de tomar un plato de avena y una taza de leche caliente.

—¡Oh, no! —exclamé. ¡Estaba empezando a pensar como un viejo!

Me preparé un desayuno a base de zumo de naranja y cereales. Me lo llevé a la mesa y me senté a comer. Era muy raro notar el vaso de zumo en mis labios gordos y marrones y me resultaba casi imposible masticar los cereales con un solo diente, y además podrido.

—¿Qué voy a hacer? —gemí en voz alta.

Y de pronto se me ocurrió una idea: seguir adelante con mi plan de aterrorizar a los de primero. ¿Por qué no iba a vengarme de esos pequeñajos por todo lo que me habían hecho día tras día?

«Ya lo creo —pensé—. Cuando papá y mamá lleguen a casa saldré a saludarles y les enseñaré mi disfraz de viejo. No se darán cuenta de que no es un disfraz. Les parecerá genial. Después iré a esa siniestra mansión Carpenter para encontrarme con los críos. ¡Y les daré un susto de muerte!

Y luego, ¿qué?

«Luego iré a buscar a Carly Beth. No será difícil dar con ella. Va a celebrar una fiesta de Halloween en su casa. Cuando la encuentre le diré que me cuente el secreto y así conseguiré quitarme esta espantosa máscara. Y entonces seré el hombre más feliz de la tierra.

Allí a solas, en la cocina, mientras intentaba tragarme los cereales, me parecía un plan estupendo.

Lástima que el plan no funcionase como yo pensaba.

20

Cuando esa tarde mis padres volvieron a casa, yo bajé cojeando por las escaleras para saludarles. Los dos se quedaron sin aliento al ver mi espantosa cara. A mi madre se le cayó la bolsa que llevaba en la mano y se quedó boquiabierta.

A mi padre se le salían los ojos de las órbitas. Se me quedó mirando un rato larguísimo y de pronto se echó a reír.

—¡Steve! ¡Es el mejor disfraz que he visto en mi vida! —exclamó —. ¿De dónde lo has sacado?

—Es asqueroso —dijo mi madre—. Aj, qué agujero más repugnante tiene en la frente. ¡Y el del diente es todavía peor!

Mi padre se puso a dar vueltas a mi alrededor, admirando mi nuevo aspecto. Yo me había puesto el harapiento traje negro de mi disfraz de vagabundo y había sacado del armario uno de los viejos bastones de mi abuelo.

—¡Es genial! —declaró mi padre, dándome un apretón en el hombro.

—Compré la máscara en una tienda de disfraces —dije con voz rota. Casi era la verdad.

Mis padres se miraron.

—Imitas muy bien la voz de viejo —comentó mi madre—. ¿Has estado practicando?

—Sí, todo el día.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó mi padre—. Como nos dijiste que estabas malo, no hemos querido despertarte esta mañana. Hemos tenido que salir muy temprano.

—Ya estoy mucho mejor —mentí. En realidad me temblaban las piernas y tenía todo el cuerpo empapado en sudor frío. Me encontraba tan débil que me apoyé en el bastón.

—¡Aj! ¿Qué tienes en el pelo? —preguntó mi madre.

—Arañas. —Me estremecí. Las notaba reptar por la cabeza y en las orejas.

—Pues parecen de verdad. —Mi madre se llevó la mano a la mejilla y movió la cabeza—. ¿Estás seguro de que no quieres ir de vagabundo? Esa máscara debe de ser incomodísima y dará un calor de espanto.

¡Si supiera lo incómoda que llegaba a ser!

—Déjale —dijo mi padre—. Está estupendo. Esta noche va a aterrorizar a toda la calle.

«Eso espero», pensé yo. Le eché un vistazo al reloj. Era hora de ponerse en marcha.

—Sí, lo que es a mí me ha dado un susto de muerte —comentó mi madre, cerrando los ojos—. No puedo ni mirarte, Steve. ¿Dónde has comprado una cosa tan… tan horrible?

—Pues a mí me parece muy graciosa —dijo mi padre. Tocó con un dedo mi largo diente—. Es una máscara genial. ¿Es de goma?

—Sí, supongo —murmuré con mi voz anciana y temblorosa.

Mamá puso cara de asco.

—¿Vas a salir con Chuck?

Bostecé. De pronto tenía mucho sueño.

—Les prometí a los de mi equipo de fútbol que me reuniría con ellos. Luego iré a casa de Carly Beth.

—Bueno, pero no llegues tarde —dijo mi madre—. Y si la máscara te da mucho calor, te la quitas un rato, ¿vale?

«¡Ojalá!», pensé amargamente.

—Hasta luego —me despedí, y comencé a arrastrarme hacia la puerta, apoyándome en el bastón.

Mis padres se rieron. A mí no me hacía ninguna gracia. Yo tenía ganas de llorar. Sólo una cosa me impidió desmoronarme y contarles la verdad. Sólo una cosa me impidió contar a mis padres que estaba atrapado dentro de aquella horrible máscara, que me había convertido en un débil anciano:

La venganza.

Ya estaba viendo las caras de terror de los enanos del equipo. Saldrían corriendo y gritando de miedo como si los persiguiera el diablo. Esa idea me animaba a seguir adelante.

Cogí el pomo de la puerta y me dispuse a girarlo.

—¡Espera, Steve! —gritó mi padre—. Espera, que voy a por la cámara. Quiero hacerte una foto.

—¡La bolsa para los caramelos! —exclamó mi madre—. Se te olvidaba. —Se puso a revolver en el armario de la entrada hasta que por fin encontró la bolsa estampada con calabazas.

Yo sabía que no podía llevar el bastón y la bolsa a la vez, pero la cogí de todas formas. La tiraría en cuanto saliera. No tenía ninguna intención de ir pidiendo caramelos. ¡Tardaría por lo menos media hora en acercarme a la primera casa!

Mi padre apareció de pronto en el cuarto de estar.

—¡Sonríe! —gritó, levantando la cámara.

Yo intenté torcer mis gruesos labios en una sonrisa. Mi padre sacó cuatro fotos. Por fin me despedí, todavía cegado por el flash, y me encaminé hacia la puerta. Cuando salí seguía viendo puntitos blancos y estuve a punto de caerme en el escalón de la entrada.

Me agarré a la barandilla y esperé un rato a que el corazón recuperase el ritmo normal. Poco a poco los puntitos de luz fueron desapareciendo de mi vista. Entonces empecé a bajar por el camino.

Era una noche clara y fría, sin chispa de viento. Los árboles, casi desnudos, estaban quietos como estatuas. Eché a andar, renqueando, hacia la mansión Carpenter. No había luna, pero la calle estaba más iluminada de lo normal. Casi todas las casas tenían encendidas las luces de la entrada para dar la bienvenida a los niños.

Tiré la bolsa de caramelos en un cubo de basura en el camino de nuestros vecinos y seguí caminando. Mi bastón, tap, tap, tap, resonaba en la acera. Empezaba a dolerme la espalda y me temblaban las piernas. Me apoyé jadeando en el bastón.

Al llegar al final de la manzana tuve que pararme a descansar contra una farola. Por suerte la mansión Carpenter no quedaba lejos. Cuando eché a andar otra vez, dos niñas pequeñas se acercaron corriendo, seguidas de su padre. Una llevaba unas coloridas alas de mariposa, y la otra iba muy maquillada, con una

corona dorada y un vestido largo de fantasía.

—¡Aj, qué feo! —exclamó la mariposa.

—¡Aj! —repitió la princesa—. ¡Mira los mocos que tiene en la nariz!

Me acerqué a ellas, hice una mueca con la boca y grité:

—¡Fuera de mi camino!

Las niñas chillaron de miedo y se bajaron de la acera. Su padre me dirigió una furiosa mirada y aceleró el paso para alcanzarlas.

—Je je je je. —Una risa malvada escapó de mis labios. Al ver aquellas caras de miedo se me renovaron las fuerzas. Seguí renqueando polla calle.

Unos minutos después apareció a la vista la mansión Carpenter. La enorme casa estaba oscura y desierta. Las torretas de piedra se alzaban contra el cielo nocturno como torres de un castillo. Los miembros de mi equipo de fútbol estaban apiñados bajo una farola al final del descuidado jardín. Mis Puercos, los crios de primero.

Mis víctimas.

Todos iban disfrazados. Vi *Power Rangers* y tortugas ninja, momias y monstruos, dos fantasmas, una Bella y una Bestia. Pero de todas formas conseguí reconocerlos porque se empujaban unos a otros, se quitaban las bolsas de caramelos, gritaban y peleaban.

Me apoyé en mi bastón, observándolos desde la mitad de la manzana. Me martilleaba el corazón y me temblaba todo el cuerpo.

Era el gran momento.

—Muy bien, enanos —murmuré entre dientes—. ¡Es la hora del espectáculo!

21

Me acerqué temblando de excitación. Al salir a la luz torcí los labios en una terrorífica mueca. Los fui mirando uno a uno, dándoles la ocasión de ver bien mi espantosa cara. Que vieran las arañas que me reptaban por el pelo, el agujero podrido del diente, el trozo de cráneo que asomaba por la piel desgarrada de la frente.

Se quedaron de piedra. Sentía todas sus miradas sobre mí, sentía su miedo.

Abrí la boca para lanzar un terrible aullido que los espantara a todos y los hiciera salir corriendo en busca de sus mamás, pero Marnie Rosen, que llevaba un vestido blanco de novia, con velo y todo, se me plantó delante antes de que yo pudiera hacer nada.

—¿Podemos ayudarle, señor? —preguntó.

—¿Se ha perdido? —dijo uno de los *Power Rangers*.

—¿Quiere saber alguna dirección?

—¿Le llevamos a algún sitio?

No. ¡No!

Aquello no marchaba. No era eso lo que yo había planeado, lo que había soñado. Marnie me cogió del brazo.

—¿Hacia dónde va usted, señor? Le acompañaremos. Es una noche un poco siniestra para andar por un barrio desconocido.

Los otros se acercaron, deseosos de ser útiles. Intentaban ayudar a un viejo, a un viejo que no les daba nada de miedo.

—¡Nooooo! —aullé—. Soy el fantasma de la mansión Carpenter. ¡He venido a vengarme de vosotros por entrar en mi jardín!

Intenté chillar, pero mi voz no era más que un débil susurro. No

creo que oyeran ni una palabra.

«Tengo que asustarlos —me dije—. ¡Tengo que asustarlos!» Levanté las dos manos como si quisiera estrangularlos a todos pero se me escapó el bastón, perdí el equilibrio y me tambaleé hacia atrás.

—¡Aaaah! —gemí al aterrizar de culo en el suelo. Todos se pusieron a gritar pero no de miedo, sino porque estaban preocupados por mí. Me tendieron varias manos para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Está usted bien? Aquí tiene el bastón. —Era la voz rasposa de Duck Benton.

Oí varios murmullos de simpatía.

—Pobre anciano —susurró alguien.

—¿Se ha hecho daño?

—¿Podemos ayudarle?

No. No. No. No. No.

No estaban aterrorizados, no tenían ningún miedo. Me apoyé en el bastón. De pronto me encontraba muy débil, tan agotado que apenas podía mantener la cabeza erguida.

«Olvídate de darles un susto, Steve —me dije—. Tienes que llegar a casa de Carly Beth antes de que te desplomes. Tienes que averiguar cómo se quita esta máscara, cómo recuperar tu cara y tus fuerzas.»

Marnie todavía me tenía cogido el brazo.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó con la preocupación reflejada en su rostro pecoso.

—Pues… ¿Sabéis dónde vive Carly Beth? —pregunté con voz cascada.

—En la manzana siguiente, al otro lado de la calle. Yo conozco a su hermano —dijo Andrew Foster.

—Le llevaremos si quiere —se ofreció Marnie.

Me cogió el brazo con más fuerza. Una momia se acercó a sostenerme por el otro brazo y, muy despacio, con suavidad, echaron a andar por la acera.

«¡No puedo creerlo! —pensé amargamente—. Lo lógico es que se hubieran llevado un susto de muerte, que estuvieran roncos de tanto chillar. Y en vez de eso me están ayudando a caminar.»

Suspiré. Lo más triste es que estaba tan cansado y tan débil que sin su ayuda no podría llegar a casa de Carly Beth. Me llevaron hasta el jardín. Allí les di las gracias y les dije que podía ir solo el resto del camino. Los niños salieron disparados a pedir caramelos,

—Seguro que Steve no viene —oí que decía Duck.

—¡Es demasiado gallina para salir la noche de Halloween! —se burló Marnie. Todos se echaron a reír.

Me volví hacia la casa de Carly Beth, apoyado pesadamente en el bastón. Todas las luces estaban encendidas, pero no se veía a nadie en las ventanas. «Probablemente todavía no han vuelto de pedir caramelos», pensé.

En ese momento oí voces y pasos en el camino de grava. Di media vuelta bruscamente y vi a Carly Beth y su amiga Sabrina Masón que corrían por el césped en dirección a la casa.

Reconocí el disfraz de pato de Carly Beth. Lo lleva cada año, menos el pasado Halloween, que se puso aquella máscara tan terrible.

Sabrina era una especie de superhéroe. Llevaba unas mallas plateadas, una larga capa plateada y una máscara también plateada que le tapaba la cara, aunque su pelo largo y negro era inconfundible.

—¡Carly Beth! —grité, pero sólo me salió un ahogado susurro.

Sabrina y ella seguían charlando animadísimas, sin dejar de caminar.

—¡Carly Beth! ¡Por favor! —exclamé.

Las chicas se volvieron a medio camino de la casa. Entonces me vieron.

¡Sí!

—Carly Beth…

Ella se quitó la máscara de pato, dio unos pasos hacia el camino y se me quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—¿Quién es usted?

—¡Soy yo! —exclamé débilmente—. Yo…

—¿Es usted el hombre que me llamó antes? —preguntó ella con mucha frialdad.

—Pues… bueno, sí. Verás, necesito…

—¡Déjeme en paz! —gritó Carly Beth—. ¿Por qué me está

siguiendo? ¡Si no me deja en paz se lo diré a mi padre!

—Pero… pero… pero…

Las chicas dieron media vuelta y echaron a correr hacia la casa, dejándome allí abandonado.

Solo.

Condenado.

22

Lancé un amargo gemido.

—Carly Beth… ¡Soy yo! ¡Soy yo, Steve! —grité—. ¡Steve Roswell!

¿Me habría oído? Sí.

Sabrina y ella ya habían llegado al camino de piedra que llevaba al porche iluminado. Bajo la luz amarilla, vi que las dos se volvían.

—¡Soy Steve! ¡Steve! —repetí, gritando tan desesperadamente que me hice pol vo la garganta.

Ellas se acercaron despacio, con cautela.

—¿Steve? —Carly Beth se me quedó mirando fijamente, con la boca abierta.

—¿Es una máscara? —preguntó Sabrina.

—Sí, es una máscara —dije con voz rota.

—¡Aj! ¡Es repugnante! —dijo Sabrina con cara de asco, quitándose la máscara plateada para verme mejor—. ¿Eso son arañas? ¡Aj!

—Necesito ayuda. Esta máscara…

—¡Fuiste a la tienda de disfraces! —exclamó Carly Beth, llevándose las dos manos a la cara. La máscara de pato se cayó al suelo—. ¡Oh, no! ¡No! ¡Steve, te lo advertí!

—Sí. La máscara es de la tienda —dije, señalando mi espantosa cara—. No te hice caso. No sabía…

—Steve, te dije que no fueras. —Carly Beth seguía mirándome con expresión de horror, sin soltarse las mejillas.

—Ahora no puedo quitármela —gemí yo—. La tengo pegada. Es

parte de mí. Y… y me está convirtiendo en un viejo, en un viejo muy débil.

Carly Beth movió la cabeza tristemente pero no dijo nada.

—Tienes que ayudarme —supliqué—. Tienes que ayudarme a quitarme la máscara.

Carly Beth suspiró asustada.

—Steve… no creo que pueda.

23

Me agarré a sus plumas de pato.

—¡Tienes que ayudarme, Carly Beth! —supliqué—. ¡Tienes que ayudarme!

—Me gustaría, aunque no sé si voy a poder.

—Pero el año pasado tú tenías una máscara de la misma tienda —protesté—. Y te la quitaste, conseguiste librarte de ella.

—No se puede quitar —dijo Carly Beth—. No hay forma de quitársela.

Vi de reojo a tres niños disfrazados en la casa de al lado. Una mujer apareció en la puerta y les echó caramelos en las bolsas. «Algunos niños se están divirtiendo esta noche —pensé amargamente—. Yo no me lo estoy pasando nada bien y a lo mejor nunca más me lo vuelvo a pasar bien.»

—Entra en casa —me ofreció Carly Beth—. Aquí hace frío. Te lo contaré todo.

Yo intenté seguirlas por el camino pero las piernas se me doblaban como si fueran de goma. Carly Beth y Sabrina tuvieron que llevarme casi en brazos. Me dejaron caer en el sillón de cuero verde del salón. En la mesa, al otro extremo de la estancia, había una calabaza iluminada y sonriente. ¡Tenía más dientes que yo!

Carly Beth se sentó en el brazo del sofá y Sabrina en el borde de la mecedora. Sabrina se puso a rebuscar en su bolsa de caramelos. ¿Cómo podía pensar en chucherías en un momento como aquél?

Me volví hacia Carly Beth.

—¿Cómo puedo quitarme la máscara?

Se mordió el labio y me miró con expresión sombría.

—No es una máscara —dijo en voz baja.

—¿Cómo dices? —exclamé.

—Que no es una máscara. Es una cara de verdad, una cara viva. ¿Te encontraste con el hombre de la capa negra?

Asentí con la cabeza.

—Me parece que es un científico loco. Es el que hace las caras en su laboratorio.

—¿Que… que las hace él? —pregunté tartamudeando.

Carly Beth asintió muy seria.

—Son caras vivas, caras de verdad. El hombre de la capa pretendía que tuvieran buen aspecto, pero algo le salió mal y todas las caras resultaron tan horrorosas como la que tú llevas.

—Pero… pero…

Ella levantó la mano para hacerme callar.

—El hombre de la capa las llama Caras No Deseadas. Son tan feas que no las quiere nadie. Pero están vivas y se pegan a cualquiera que se las acerque.

—¿Pero cómo se quitan? —pregunté impaciente, tirándome de las mejillas cubiertas de ronchas—. No me puedo pasar la vida así. ¿Qué puedo hacer?

Carly Beth se puso a pasear de un lado a otro de la sala. Sabrina empezó a comerse una chocolatina mientras miraba a su amiga.

—A mí me ocurrió lo mismo el año pasado —dijo Carly Beth—. Había elegido una máscara realmente espantosa. Bueno, pues se me quedó pegada a la cabeza y me convirtió en alguien malo.

—¿Y qué hiciste? —grité, inclinándome sobre mi bastón.

—Volví a la tienda de disfraces y encontré al hombre de la capa. Él me dijo que sólo había una forma de librarse de la máscara, que sólo se podía hacer con un símbolo de amor.

—¿Eh? —Me la quedé mirando con la boca abierta. No entendía nada.

—Bueno, tenía que encontrar un símbolo de amor —prosiguió Carly Beth—. Al principio no supe a qué se refería, no sabía qué hacer. Pero entonces me acordé de una cosa que mi madre me había hecho.

—¿Qué cosa? —pregunté ansioso—. ¿Qué era?

—La cabeza de yeso —terció Sabrina con la boca llena de chocolate.

—Mi madre me había hecho un busto —dijo Carly Beth—. Era mi cara, tú ya la has visto. Mi madre la esculpió porque me quiere. Era un símbolo de amor.

Carly Beth se sentó a mi lado.

—Me puse la escultura de mi madre encima de la Cara No Deseada, y la máscara desapareció.

—¡Genial! —exclamé muy contento—. Vete a por ella. ¡Deprisa!

—¿Cómo? —Carly Beth me miró desconcertada.

—Que vayas a por la cabeza de yeso —supliqué—. ¡Tengo que librarme de esta cosa!

Ella movió la cabeza.

—No lo entiendes, Steve. Tú no puedes utilizar mi símbolo de amor. Eso sólo funcionó para mí. Tú tienes que encontrar tu propio símbolo.

—Aunque tal vez no dé resultado con la máscara de Steve —dijo Sabrina—. A lo mejor cada máscara es distinta.

—¡Tiene que funcionar! —exclamé enfadado—. ¡Tiene que funcionar!

—Tendrás que encontrar tu propio símbolo de amor —repitió Carly Beth—. ¿Se te ocurre alguno, Steve?

Me la quedé mirando, pensativo.

Y me puse a pensar… Un símbolo de amor… un símbolo de amor… No, no se me ocurría nada. Nada de nada.

Hasta que de pronto se me vino una idea a la cabeza.

24

Me apoyé en el bastón e intenté levantarme, pero mis débiles brazos no me sostuvieron y volví a caerme en el sillón.

—Tienes que ayudarme a llegar a casa —le dije a Carly Beth—. Ya he pensado en un símbolo de amor. Está en mi casa.

—¡Vale! ¡Vamos!

—¿Y la gente que va a venir? —preguntó Sabrina, tragándose un trozo de chocolatina—. ¿Qué pasa con la fiesta?

—Tú quédate aquí a recibir a la gente —le dijo Carly Beth—. Si Steve encuentra un símbolo de amor en su casa y funciona, volveremos enseguida.

—Funcionará —dije—. Estoy seguro.

Pero tenía los dedos cruzados, con lo cual aún me resultaba más difícil levantarme del sillón. Carly Beth me cogió de las manos para ayudarme.

—¡Aj! ¿Qué es eso que se te mueve en las orejas? —preguntó con cara de asco.

—Arañas —dije en voz baja.

Carly Beth tragó saliva.

—Espero que encuentres algo que funcione, de verdad.

—Yo también lo espero —murmuré mientras íbamos hacia la puerta.

Carly Beth se volvió un momento.

—No te comas todas las chocolatinas —le dijo a Sabrina.

—¡Sólo es la segunda! —protestó ella con la boca llena.

Salimos a la oscuridad. Algunos niños disfrazados se acercaban

por el camino, todos con sus bolsas de caramelos.

—Eh, Carly Beth, ¿adónde vas? —preguntó una niña.

—¡Voy a hacer una buena acción! —contestó ella—. Nos vemos luego, chicos. —Se volvió de nuevo hacia mí—. ¿Pero por qué no me hiciste caso, Steve? La verdad es que tienes una pinta asquerosa.

—¡Ni siquiera me puedo limpiar los mocos de la nariz! —gemí.

Carly Beth me llevó hacia mi casa, sosteniéndome por los hombros.

Cuando cruzamos la calle oí risas y música en la casa de la esquina. Una fiesta de Halloween. Al pasar por delante me tropecé con una sombra. Carly Beth me cogió antes de que me cayera.

—¿Qué ha sido eso? —grité.

Entonces lo vi escapar en silencio por la calle. Era un gato negro. Me eché a reír, ¿qué otra cosa podía hacer? «Muy bien, gato —pensé con amargura—. Adelante, crúzate en mi camino. Peor suerte ya no puedo tener.»

Mi casa apareció a la vista tras una hilera de altos matorrales. A través de las ramas se veían las luces de abajo encendidas.

—¿Están tus padres en casa? —preguntó Carly Beth.

—Sí.

—¿Saben ellos lo de…?

—No. Creen que es un disfraz.

Al llegar a la puerta oí ladrar a Sparky. En cuanto abrí, el perro lanzó un nervioso gañido y se me tiró encima. Sus patas aterrizaron en mi pecho con tanta fuerza que me estrellé contra la pared.

—¡Abajo, Sparky! ¡Por favor! ¡Al suelo! —supliqué con mi graznido de viejo. Sabía que Sparky se alegraba de verme, pero yo estaba demasiado débil para soportar su saludo habitual—. ¡Abajo, Sparky! ¡Venga!

Al final, Carly Beth se las apañó para quitarme al perro de encima. Luego lo tuvo cogido hasta que yo conseguí levantarme y recuperar el equilibrio.

—Steve, ¿eres tú? —dijo mi madre desde el cuarto de estar—. ¡Qué temprano has vuelto!

Cuando entró en el salón vi que se había puesto la bata gris de franela que lleva siempre en casa por la noche, y que tenía el pelo lleno de rulos.

—Ah, hola, Carly Beth —saludó sorprendida—. No esperaba visitas.

—No pasa nada, mamá —dije—. Sólo vamos a estar un momento. Hemos venido a buscar una cosa.

—¿Qué te parece el disfraz de Steve? —le preguntó a Carly Beth —. ¿A que es la máscara más espantosa que has visto en tu vida?

—¿Quiere decir que es una máscara? —bromeó mi amiga. Las dos se echaron a reír. Sparky se puso a olisquearme los zapatos.

—¿Y por qué habéis venido? —me preguntó mi madre.

—A por las galletas de chocolate —contesté ansioso—. Las que me compraste ayer.

Esas galletas eran un símbolo de amor. Mi madre me había dicho que se había desviado tres kilómetros para comprármelas. Ella sabía que eran mis galletas favoritas y había dado un largo rodeo para comprármelas porque me quiere. Así que las galletas eran un perfecto símbolo de amor.

Estaba deseando comerme una. Sabía que en cuanto diera el primer mordisco podría librarme de la horrorosa máscara.

Mi madre puso cara de sorpresa y me miró fijamente.

—¿Has venido sólo a por las galletas? ¿Por qué? ¿Y la bolsa de caramelos?

—Pues… bueno… —Se me quedó la mente en blanco. No se me ocurría qué decir.

—Es que tiene un capricho —intervino Carly Beth para echarme una mano—. Dice que lleva toda la noche pensando en las galletas.

—Sí, eso, un capricho —dije—. Las chocolatinas no tienen ni comparación, mamá. Esas galletas son buenísimas.

—A mí también me encantan —añadió Carly Beth—. Y por eso he venido con él, para llevárnoslas a la fiesta.

Mi madre chasqueó la lengua.

—Pues es una pena —dijo.

—¿Cómo? —exclamé. Se me cayó el alma a los pies—. ¿Qué quieres decir? ¿Qué pasa?

Mi madre movió la cabeza.

—No quedan galletas. El perro las encontró esta mañana y se las comió todas. Lo siento, chicos.

25

Un escalofrío me recorrió toda la espalda. Lancé un gemido y me quedé mirando a Sparky. El perro me miró también, moviendo la cola, como si estuviera encantado de su hazaña.

«¡Has arruinado mi vida, Sparky! —me hubiera gustado gritarle —. ¡Cerdo glotón! ¿No podías guardarme ni una galleta? Ahora estoy acabado. ¡Estoy condenado a vivir con esta cara asquerosa para siempre!»

Y todo porque a Sparky le gustaban las galletas de chocolate tanto como a mí. El perro vino hacia mí corriendo, sin dejar de mover la cola, y se frotó contra mi pierna. Quería que lo acariciara.

«¡De eso nada! —pensé—. No pienso acariciarte, traidor.»

En ese momento mi padre llamó a mi madre desde el cuarto de estar.

—Que os divirtáis, niños. —Mi madre se despidió y fue corriendo a ver qué quería mi padre.

¿Que nos divirtiéramos? Me di cuenta de que nunca volvería a divertirme. Me volví hacia Carly Beth.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurré abatido.

—Deprisa, coge a Sparky —dijo ella, tendiendo las manos hacia el perro.

—¿Que lo coja…? ¡No volveré a tocar a ese perro en mi vida! —exclamé sombrío.

Sparky, jadeando y con el rabo hasta el suelo, se frotó de nuevo contra mi tobillo.

—¡Cógelo! —insistió Carly Beth.

—¿Para qué?

—Sparky es tu símbolo de amor —me dijo Carly Beth—. Míralo, Steve. Mira cuánto te quiere.

—¡Me quiere tanto que se ha comido todas mis galletas! —gemí.

Carly Beth me miró con el ceño fruncido.

—Olvídate de las galletas y coge al perro. Sparky es tu símbolo de amor. Cógelo y abrázalo. Seguro que entonces sale la máscara.

—Creo que vale la pena intentarlo —repliqué. Me agaché para coger al pequeño terrier, y me crujieron la espalda y las rodillas.

«Que funcione —supliqué en silencio—. Que funcione, Señor.»

Tendí las manos hacia Sparky… y el perro salió disparado hacia el cuarto de estar.

—¡Sparky! ¡Ven aquí! ¡Sparky! —grité, todavía encorvado y con las manos extendidas. El perro se detuvo en mitad del salón y dio media vuelta—. ¡Ven aquí, Sparky! —le dije con mi temblona voz de viejo—. ¡Ven aquí, guapo! ¡Ven con Steve!

El perro volvió a menear la cola y me miró con la cabeza ladeada, pero sin moverse.

—Quiere jugar —le dije a Carly Beth—. Quiere que lo persiga.

Me puse de rodillas y le hice una seña a Sparky con las manos.

—¡Ven aquí, perrito! ¡Ven! ¡Soy demasiado viejo para perseguirte! ¡Ven, Sparky!

El perro soltó un ladrido extraño, atravesó a la carrera la sala… y se arrojó en mis brazos.

—Venga, Steve, abrázalo —me apremió Carly Beth—. Abrázalo fuerte. ¡Va a funcionar, seguro!

El perro era demasiado pesado para mis débiles y doloridos brazos, pero lo estreché con fuerza contra mi pecho. Todo lo fuerte que pude, durante mucho, mucho rato.

Y no pasó nada.

26

El perro se cansó enseguida de que lo estrujara. Se me escapó de un brinco y desapareció en el cuarto de estar. Yo tiré de la máscara con las dos manos, pero sabía que era desperdiciar fuerzas. No notaba ningún cambio. La espantosa cara seguía pegada a mi cabeza.

Carly Beth me puso la mano en el hombro.

—Lo siento —dijo—. Supongo que en cada máscara es diferente.

—¿Quieres decir que necesito otra cosa para quitármela? —pregunté, moviendo tristemente la cabeza llena de arañas.

—Sí, pero no sé qué.

—¡Estoy muerto! —gemí—. ¡Ni siquiera puedo ponerme de pie!

Carly Beth me cogió por debajo de los brazos y me levantó. Yo tuve que apoyarme en el bastón para no perder el equilibrio.

Entonces se me ocurrió una idea:

—¡El hombre de la capa! ¡Él sabrá lo que tengo que hacer!

—¡Es verdad! —Carly Beth se animó enseguida—. Sí, tienes razón, Steve. El año pasado me ayudó. ¡Si volvemos a la tienda te ayudará a ti también!

Empezó a llevarme hacia la puerta, pero yo la retuve.

—Sólo hay un pequeño problema —dije.

—¿Un problema?

—Sí —contesté—. Se me había olvidado decírtelo. La tienda está cerrada. La han cerrado definitivamente.

Pero fuimos, de todas formas. Yo iba renqueando, más agotado a

cada segundo que pasaba, y Carly Beth tuvo que llevarme casi en brazos.

Las calles estaban desiertas y brillantes bajo las hileras de farolas. Era muy tarde. Todos los niños se habían ido a sus casas.

Nos seguían dos perros, dos grandes pastores alemanes. A lo mejor pensaban que íbamos a compartir con ellos nuestros caramelos de Halloween. Pero yo no tenía ninguno, claro.

—¡Fuera! —les grité—. Ya no me gustan los perros. ¡Venga! ¡Fuera!

Para mi sorpresa, pareció que los perros me entendían. Dieron media vuelta y desaparecieron en el oscuro jardín de una casa. Pocos minutos después, pasamos por delante de una hilera de pequeños comercios y nos detuvimos delante de la tienda de disfraces. Estaba oscura y desierta.

—Cerrada —murmuré.

Carly Beth llamó a la puerta. Yo me quedé mirando las sombras azules a través del polvoriento escaparate. Ni un movimiento. Allí no había nadie.

—¡Abra! ¡Necesitamos ayuda! —gritó Carly Beth, aporreando la puerta de madera con los puños.

Silencio.

Un viento frío barría la calle. Me estremecí, intentando esconder mi fea cabeza entre los hombros.

—Vámonos —dije casi sin voz. Estaba condenado.

Pero Carly Beth se negaba a darse por vencida. Siguió aporreando la puerta. Yo me aparté del escaparate y eché un vistazo al callejón que había junto a la tienda.

—¡Eh, espera! —dije—. Ven, mira.

Desde la calle había visto que la trampilla estaba cerrada, pero a pesar de todo me metí en el callejón.

Carly Beth iba detrás de mí, frotándose los nudillos. Supongo que se había hecho daño de tanto golpear la puerta.

—Por aquí se entra al sótano de la tienda —dije al llegar a la trampilla—. Ahí abajo están todas las máscaras y otras cosas.

—Si podemos entrar —me susurró Carly Beth—, a lo mejor encontramos alguna solución para ti.

—A lo mejor.

Carly Beth se agachó a coger el asa de hierro de la trampilla. Tiró con fuerza, pero no consiguió moverla ni un milímetro.

—Me parece que está cerrada con llave —gruñó.

—Inténtalo otra vez —dije yo—. Se queda pegada y es difícil de abrir.

Carly Beth tiró de nuevo del asa con las dos manos. Esta vez se abrió la trampilla y aparecieron los escalones que llevaban al sótano.

—Vamos, deprisa, Steve. —Carly Beth me tiró del brazo.

«Mi última oportunidad —pensé—. Mi última oportunidad.»

Me metí detrás de ella en la densa oscuridad, temblando de miedo.

27

Bajamos muy juntos por las escaleras hasta llegar al sótano. La pálida luz de la calle entraba por la trampilla. Al otro lado del sótano oí el mismo goteo de agua de la otra vez. Las grandes cajas de cartón estaban donde Chuck y yo las habíamos dejado. Tres o cuatro seguían abiertas.

—Bueno, aquí estamos —murmuró Carly Beth. Su voz resonaba en las paredes del sótano y parecía muy hueca. Barrió la habitación con la vista y luego me miró—. ¿Y ahora qué?

Me encogí de hombros.

—¿Buscamos en las cajas?

Me acerqué a la más cercana y eché un vistazo.

—Aquí están las máscaras —dije. Cogí una de monstruo cubierta de pelo hirsuto.

—¡Aj! —exclamó Carly Beth—. Déjala. No necesitamos otra máscara.

La dejé caer en la caja y aterrizó con un suave plop.

—No sé qué es lo que necesitamos —dije—, pero a lo mejor podemos encontrar algo…

—¡Mira! —exclamó Carly Beth. Acababa de abrir otra caja y había cogido una especie de mono que tenía una cola de caballo a la espalda.

—¿Qué es eso? —pregunté. Me acerqué a ella, rodeando dos cajas de cartón.

—Un disfraz. —Carly Beth se inclinó para sacar otro. Eran unas mallas peludas cubiertas de manchas de leopardo—. Esto está lleno

de disfraces.

—¿Y eso de qué me sirve? —Suspiré—. Nada me puede servir.

Carly Beth no pareció oírme. Volvió a sacar otro disfraz de la caja. Era un traje negro reluciente, parecido a un esmoquin. Al mirarlo, sentí un hormigueo en la cara.

—Déjalo —dije tristemente—. Tenemos que encontrar…

—¡Aj! —exclamó Carly Beth—. ¡Está lleno de arañas!

—¿Eh? —El hormigueo de la cara se fue haciendo cada vez más intenso. Tenía un zumbido en las orejas. El hormigueo se convirtió en picor.

—¡Seguro que es el disfraz que va con tu máscara! —Carly Beth me lo acercó—. ¿Lo ves? ¡Arañas y más arañas!

Me rasqué las mejillas.

El picor era tan fuerte que me producía dolor. Me rasqué todavía más.

—¡Apártalo! ¡Me dan picores! —grité.

Carly Beth no me hizo ni caso. Sostenía el traje negro delante de mí, por debajo de mi cara. Me ardían las mejillas.

—¿Lo ves? Tú tienes la cabeza, y éste es el traje que va con ella.

—¡Apártalo! —chillé—. ¡Me arde la cara! ¡Ah!

Me abofeteé frenético las mejillas, la frente, la barbilla.

—¡Aaaay! —grité—, ¡Me siento muy raro! ¿Qué me está pasando?

28

—¡Me quemo! —chillé—. ¡Aaaaah! ¿Qué está pasando?

Al cogerme las mejillas para calmar el dolor, la cara empezó a deslizarse bajo mis manos. Noté que se alzaba. Se alzaba, se alzaba…

Aparté las manos… y la cabeza del viejo se elevó por encima de la mía. Noté el aire frío en las mejillas y respiré hondo. La cabeza del viejo se quedó flotando un instante sobre mí, luego se acercó volando al reluciente traje negro que sostenía Carly Beth y finalmente se ajustó en el cuello del traje.

Carly Beth lanzó un grito de sorpresa. Los brazos del traje se agitaban. Las piernas daban patadas. Todo el traje se movía y se retorcía como si intentara liberarse. Carly Beth lo soltó y se apartó de un brinco.

Una sonrisa apareció en la espantosa cara del viejo. Las piernas del traje bajaron al suelo. El viejo se puso a danzar, aleteando los brazos y dando brincos, Luego se volvió de espaldas. La cabeza estaba pegada al traje, las perneras del pantalón dobladas en las rodillas. El viejo se encaminó hacia las escaleras, arrastrando el paso. Carly Beth y yo nos quedamos con la boca abierta. El viejo subió las escaleras y desapareció por la trampilla.

Nos quedamos allí con los ojos desorbitados y la boca abierta, mirando la abertura al final de las escaleras. Permanecimos un rato en silencio, conmocionados, hasta que por fin nos echamos a reír. Nos reíamos como locos, abrazados el uno al otro, hasta que se nos saltaron las lágrimas. En mi vida me había reído tanto. ¡Me estaba

riendo con mi voz! ¡Me estaba riendo con mi cara, mi cara de verdad!

El viejo había encontrado su cuerpo… y había escapado. ¡Y yo volvía a ser yo! ¡Era el mejor Halloween de toda mi vida! ¡Jamás me había alegrado tanto de que todo volviera a la normalidad!

Volvimos a casa bailando por las calles y cantando a pleno pulmón, muy contentos. Estábamos a media manzana de mi casa… cuando una criatura salió de un brinco de detrás de un seto y lanzó un rugido con las fauces abiertas. Carly Beth y yo nos abrazarnos, chillando de terror.

La criatura tenía una piel violeta que relumbraba bajo la luz de las farolas, unos ojos rojos y feroces y la boca llena de dientes rotos y podridos. Un grueso gusano marrón le salía de la mejilla.

—¿Eh? —Me quedé mirando el gusano que cabeceaba en la espantosa cara violeta… Y lo reconocí—. ¡Chuck! —exclamé.

Él soltó una fuerte carcajada bajo la más cara.

—¡Os he pillado! —bramó—. ¡Os he pillado a los dos! ¡Menuda cara habéis puesto!

—Chuck…

—Os estaba esperando aquí para daros un susto —dijo con voz ronca. El asqueroso gusano cabeceaba arriba y abajo en su mejilla —. No me viste coger la máscara cuando salí corriendo del sótano. No te dije nada porque quería darte un buen susto.

—Pues a mí me has dado un susto de muerte —admitió Carly Beth, dándole un empujón en broma—. Ahora quítate esa máscara y vámonos a mi casa.

—Es que… tengo un problema —contestó Chuck bajando la voz.

—¿Un problema?

—Sí, me cuesta un poco quitarme la máscara. He pensado que podríais ayudarme…



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.